

CONFERENCIAS Y ESCRITOS VARIOS

- Conferencia sobre la Acción Católica
- El nombre de Talavera
- En lejanas tierras
- La educación de la juventud
- La Virgen María y las ciencias
- Religión, moral y cultura
- El fin jurídico del Estado
- El Papado ante la juventud
- Girasoles
- La Eucaristía
- Primera Misa del compañero Umbría
- Torneo "Copa Heraldito Talavera"

CONFERENCIA SOBRE LA ACCIÓN CATÓLICA

A los jóvenes de San Bartolomé de las Abiertas (Toledo)

(Sin fecha)

Jóvenes católicos, señoras, señores:

Permitid que mis primeras palabras sean de satisfacción por este acto y de felicitación para vosotros.

Cuando en una de las entrevistas que celebré con los compañeros de A. C. estudiamos el modo de entender las obras de las J. J. por esta comarca, no vacilé en señalar cómo uno de los primeros puntos donde se fundaría el Centro a San Bartolomé de las Abiertas, y cuando se me habló por algún compañero, de las dificultades que podrían surgir a causa de circunstancias felizmente pasadas, contraí el compromiso de honor, recabé para mi Centro de Talavera la satisfacción de apadrinaros en vuestra constitución.

Contaba para este compromiso con vosotros, contaba con vuestra fe, con vuestra religiosidad tradicional; sabía que el espíritu cristiano arraigaba en lo hondo de vuestro pueblo; sabía que sin vacilar, responderíais a nuestro llamamiento.

Hoy me cabe la satisfacción de decir, y con ello os felicito, que por vuestra

ayuda, por la de vuestro dignísimo párroco y, sobre todo, con la ayuda de Dios, el Centro de J. C. de San Bartolomé de las Abiertas ha quedado constituido. Os emplazo, jóvenes católicos, para que este Centro que con la ayuda de Dios se ha podido formar, no lo dejéis desaparecer, no lo dejéis morir. Contraed vosotros ahora el compromiso de honor de que el Centro viva con espíritu de fe, con espíritu de Cristo. Que no muera y si ha de morir, que sea por Cristo.

Os han hablado ya de los tres pilares firmísimos de nuestra obra: piedad, estudio, acción. Os han hablado del espíritu de las J. J., de su organización. Quiero yo hablaros de la necesidad de que la institución arraigue y se extienda. Hablo a los jóvenes, a los que libres de prejuicios de la vida tienen abierto el pecho a los ideales generosos. Y os pregunto: ¿Qué veis en la sociedad en que vivimos? ¿Qué ansias encontráis en cuantos os rodean? ¿Qué ideales se ofrecen a las inquietudes juveniles? Y en la tranquilidad de la meditación, en la serenidad de vuestras reflexiones reconoceréis que no hay en la sociedad más que materialismo; que solo se ansía la diversión y el placer, que no hay unos ideales que vivir y gozar, como si un día no tuviésemos que morir; que se va perdiendo la idea del trabajo como recreo espiritual; que se va perdiendo en la sociedad el espíritu cristiano y a medida que ese espíritu cristiano desaparece y ese ansia de gozar domina a las generaciones, vais viendo cómo se camina a la ruina, cómo poco a poco van derrumbándose los ideales más queridos, cómo se hace más inmenso el vacío del corazón humano cuando la reflexión domina el vértigo de las pasiones insatisfechas.

Vivir. Gozar. Pero, ¿es que acaso llenan estos ideales las inquietudes del hombre? Pero, ¿es que acaso solo somos materia? ¿Por qué olvidamos que somos compuesto de cuerpo y alma, de materia y espíritu, hechos a imagen y semejanza de Dios?

Dejad que se viva, dejad que se goce, porque las armas se volverán contra el que las maneja. Pasa el tiempo, poco o mucho, y lo que un día fue la ilusión plena, ya no colma las ansias del corazón del hombre; ya el hastío sucede a lo que se creyó felicidad suprema, que no en balde Dios puso junto a la fuente del placer el remanso del dolor.

Viene el cansancio, la desilusión, la enfermedad, la inquietud del espíritu; la conciencia roe los momentos de soledad, se empieza a comprender que se equivocó el camino, que no todo está en la tierra, que hay alas en el espíritu que hace pesadas el fango y dándose cuenta el hombre de su pequeñez, de su miseria, se acuerda que tiene un alma y ansía salvarla. Quiere volver a lo que no es solo fuente de vida, sino también resurrección. Y reconoceréis conmigo que hay hombres en la sociedad que retornan a Dios del que no debieron apartarse; que lloran sus almas, que traen rotas las alas, pero que así y todo, lograron encontrar el buen camino a diferencia de aquellos que,

ebrios de materialismo y sensualidad, pasean por el mundo los jirones de su fracaso y los retazos de su felicidad desecha.

Tal es el panorama de nuestra sociedad. Mas, frente a él, la Iglesia nos presenta la senda que trazara Jesús de Nazaret. Senda que podrá ser difícil, pesada, pero que no es imposible, porque un Dios la trazo y una Santa Mujer conforta nuestras fuerzas. Y para hacer más fácil el camino, para impedir que aumente ese desolador aspecto social que antes describía, nace la A. C., surge la A. C., como inmensa cooperativa de virtud, como sublime sociedad de socorros mutuos espirituales, como ideal divino que hace a los hombres salvar su alma, ayudando a salvar la de los demás, siendo Cirineos unos de otros por la ruta de la humana amargura.

Y, señores, entre los dos ideales que en parangón he expuesto, entre esas dos doctrinas que sugestivas cantan al corazón, entre ese ansia de vivir y gozar solo lo terreno y esa ilusión de alcanzar a Dios, el Bien Supremo, a través del amor y del sacrificio, la J. C. ha elegido este último camino.

Quiere llegar a Dios, quiere buscar a Dios y por hallarle, no dudó en estampar en los pliegues de su bandera esa Cruz, que hablará de sacrificios, de renunciaciones, pero que también nos habla de un Dios que, por amor, se hizo hombre y por amor murió en su madero clavado.

Por estar firmísimamente convencidos de la elevación y la grandeza de sus ideales, la A. C. se lanza a los caminos enarbolando la Cruz. Llevar almas de joven a Cristo, inyectar en los pechos la fe. Así canta nuestro himno triunfal. Llevar almas, conquistad almas, y ganarlas para Cristo. Llevar la luz de la fe a tantos espíritus oscurecidos por las luchas humanas, a tantas inteligencias nubladas por el vapor de las pasiones y los egoísmos terrenos; recoged a tantos jóvenes que huyeron de Cristo y ponerlos a los pies del crucifijo, cual cautivos redimidos.

¿Os dais cuenta, jóvenes católicos, de la grandeza y sublimidad de nuestra empresa? Un día dijo Jesús a sus discípulos: *“Como mi Padre me envió a mí, así os envió yo a vosotros. Id y predicad el Evangelio a todas las gentes”*. Y surgió el apostolado divino, la misión gigantesca de salvar a las almas, que debe constituir para vosotros la principal preocupación. Ser apóstoles, tomar parte de ese apostolado a que la Iglesia nos llama.

¿Habéis medido toda la hondura de esa labor de ayudar a los demás a salvarse? Fijaos que a nuestro lado se libra la gran batalla de la vida, que hermanos nuestros están en trance de caer, que muchos han caído ya, que nosotros mismos estamos en igual peligro.

Y en esos momentos decisivos, angustiosos, somos nosotros con la ayuda de Dios, quienes debemos salvarles y salvarnos; somos nosotros quienes

debemos orientarles en las encrucijadas de la vida, somos nosotros quienes en muchas ocasiones, con un consejo, con un ejemplo, podemos decidir el rumbo de una conciencia.

Y qué satisfacción al ver que los compañeros son buenos, qué íntima alegría cuando los amigos se encauzan por el buen sendero. Pero, jóvenes católicos, qué inmensa responsabilidad si por nuestro egoísmo, si por nuestra indiferencia, los compañeros sucumben en la lucha y nos arrastran a nosotros mismos.

¡Elevada misión, sublime misión, cuajada de triunfos y responsabilidades! Tan sublime que, muchas veces, me pregunto por qué Dios nos ha llamado a esta empresa generosa; por qué a los humanos nos llama a esa misión sublime; por qué nos llama a seguir las huellas de sus santos apóstoles, de esos varones de Dios que cifraron sus ansias en la salvación de las almas. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Con qué medios contamos nosotros? Y cuando las fuerzas flaquean ante la inmensidad y grandeza de nuestra tarea, surge la voz del apóstol de los caminos y encrucijadas, del apóstol de las plazas y academias, de San Pablo, que erguido sobre la columna inmensa de su fe profunda, nos dice: *“Todo lo puedo en Aquel que me conforta”*. Y cuando nuestro espíritu comienza a animarse, llega el suavísimo y bello pensamiento: *“Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento”*.

Fuera vacilaciones, fuera dudas, jóvenes católicos. Vamos a continuar nuestra empresa como aquellos santos varones que nos precedieron en el camino. Vamos a plantar y a regar porque, aún cuando sabemos que en nuestra pequeñez y miseria no somos nada, será Dios el que nos de el crecimiento. No creo se os presente, católicos de San Bartolomé, la duda que algunas veces se ha presentado en otros pueblos que hemos conocido en nuestras propagandas, y que hubo de atajar rápidamente. La duda consiste en creer que la A. C., que la J. C. es un partido político, que es una filial de un partido político, que es una asociación que solo acoge en su seno a ciertas clases sociales desdeñando a las demás.

No. Quien afirme o suponga tal cosa, es que ignora completamente lo que es la A. C. y cuáles son sus fundamentos. No puede ser política la A. C. porque llevaría a confundir dos cosas, que si están en relación, no son las mismas. Preguntad a los partidos políticos qué es lo que buscan, qué es lo que quieren; y todos ellos, a través del espejuelo de sus programas y de sus proyectos, todos ellos os contestarán que el bienestar terreno, la felicidad terrena. Preguntad a la A. C. qué es lo que pretende y ésta os dirá que pretende algo tan poco material como la salvación de las almas. Preguntad a los partidos políticos con qué medios cuentan para alcanzar el poder y con él realizará esa pretendida felicidad; y a través de concentraciones, de saludos, de marchas, de himnos, de estandartes, de gritos de entusiasmos y de ansias de pelea, esos partidos os dirán

que cuentan con la convicción, con la educación de sus masas, con la violencia, con la revolución.

Mientras que la A. C., en especial sus J. J., tienen solo tres medios, tres pilares, que si lográsemos implantarlos en absoluto, el mundo sería nuestro: una piedad profunda, un estudio concienzudo, una acción infatigable cuajada de caridad.

Y si atendéis a sus efectos, la política desune, separa, crea antagonismos y rivalidades que no solo quedan en los programas, sino que se llevan a los más ínfimos detalles de la vida ordinaria. Surge la lucha política, pocas veces elevada y muchas llena de zancadillas, maniobras y bajezas. Viene la pugna, la rivalidad, se olvidan los méritos, las amistades, los lazos de familia, las relaciones de largos años. Y vemos en sitios y lugares donde los hombres tienen que vivir juntos y en relación unos con otros, donde la vida social es reducida; cómo por un ideal político, que a veces no es político ni es ideal, se vive en franco desacuerdo, en sorda lucha, en hondo antagonismo, que a veces estalla en estruendo de revueltas, cuando no de asesinatos.

Fácilmente comprenderéis, católicos, que esto no puede ser la A. C., que estos no pueden ser los efectos de una institución que busca la salvación de las almas. La J. C. siguiendo las huellas de su Divino Maestro, quiere instaurar en la sociedad el espíritu de Cristo, quiere que todos los hombres sean hermanos y se amen como hermanos; que desaparezcan esos odios y rivalidades que perturban la paz social, que las relaciones entre el capital y el trabajo se resuelvan con un cristiano espíritu de justicia, sin que aspire una clase social a hundir a la otra, porque todas se complementan.

La J. C. aspira a que los hombres diriman sus contiendas como lo que son, como hombres, como seres inteligentes, no dejándose arrastrar de sus instintos y pasiones, que lo convierten en fiera.

Pero es que, me preguntaréis, ¿no puede llevarse a la lucha política ese principio de amor, de hermandad cristiana? ¿Es que no deben los católicos intervenir en política? Señores, es la lucha política tan compleja, tan variada, juegan en ellas intereses tan encontrados y trascendentales, se pone tanta pasión en la pelea que el hombre, si no quiere perder la serenidad y el espíritu de justicia, necesita antes haberse preparado. Necesita haber dotado antes a su espíritu y a su inteligencia de las fuerzas necesarias para afrontar todos los encuentros.

¿Es que los graves problemas de la gobernación de los pueblos pueden entregarse a unos indocumentados? ¿Es que puede aceptarse que nos dirijan hombres sin espíritu formado, sin criterio fijo, sin ciertos principios de moralidad que sean la garantía de los demás ciudadanos? ¿Acaso entregaríais

vosotros vuestra labor al primer labrador que se prestase a ello, sin antes exigirle que demostrase su competencia y sus conocimientos en las faenas agrícolas?

Pues bien, señores, una de las finalidades que pretende la J. C. es formar la conciencia de los miembros de la sociedad; es ir creando ese espíritu que a través de las conductas individuales cuaje en un inmenso sentido católico de la colectividad; es ir haciendo esas generaciones futuras, que llenas del sentido de Cristo, lo apliquen a todos sus actos. Esas generaciones de recia preparación religiosa, de hondo espíritu católico, que estén dispuestas a implantar sus creencias a donde Dios les llame; a esos hombres que si Dios los llama a gobernar, a ser padres de familia, a ser propietarios de empresas o negocios, a ser obreros manuales, a ser hombres el día de mañana, se porten siempre como católicos; que hagan siempre honor a sus ideas, que no sean como tantos católicos de ahora. Y así nos luce, que después de darse golpes de pecho y llevar un cirio en las procesiones, no vacilan en olvidar sus ideas en cuanto cruza por medio un puñado de pesetas.

Los católicos deben intervenir en política, ¿por qué no? ¿Es que no son ciudadanos como los de los campos contrarios? Juegan en la vida pública cosas muy queridas para los católicos y estos no pueden permanecer indiferentes. Pero fijaos bien, procurad obrar de manera que no se confundan las ideas religiosas y las ideas políticas.

Se puede estar de acuerdo en los principios religiosos y en desacuerdo en cuanto a la táctica de su aplicación. Podéis tener vuestro ideario católico, debéis tenerlo y debe presidir vuestros actos internos y externos, pero esto no quiere decir que por ser todos católicos, todos debéis pertenecer a un partido político. No. Admitir tal principio sería identificar al catolicismo con ese partido. Y el catolicismo está por encima de todos ellos. Podéis ser todos católicos, pero en la gobernación de las cosas públicas y terrenas, podéis afiliaros al partido que queráis, si éste acepta en su programa la doctrina de la Iglesia. Para la Iglesia todos los partidos son iguales. Podéis pertenecer al que queráis sin dejar por eso de ser católicos.

Por esta razón, os decía antes que la A. C., la J. C. no es política, no es un partido político, como no lo es que a los directivos se nos prohíbe figurar en política y a la institución mezclarse con esas contiendas. La J. C. aspira a formar católicos, buenos católicos, hombres que ante todo, aspiran a salvar su alma y salvar la de sus semejantes. Si después de formados esos jóvenes, si ya hombres, quieren ir al campo político, allá ellos. La Iglesia los deja en libertad, como deja también en libertad a los que quieren vivir una existencia plácida y privada. Y como la J. C. no es ningún partido político, todos los partidos pueden estar tranquilos. En las filas de la J. C. pueden enrolarse todos los jóvenes, cualquiera que sea su ideario; nadie puede temer nada. Ni la J. C. es un grupo que, al

servicio de los ricos, quiera dominar a los pobres, ni tampoco al servicio de los pobres aplastar a los ricos.

No olvidéis que seguimos y queremos implantar la doctrina de Cristo. Y esta doctrina se dio para todos: para altos, para bajos, para los poderosos, para los humildes, para los sabios, para los ignorantes. Por todos los hombres murió Jesucristo y todos deben aspirar a salvarse, todos caben en la J. C., para todos la Iglesia abre sus brazos como los abrió Jesús en la cruz.

Estoy convencido de que no tendréis ninguna duda ni recelo sobre esto, que todos ingresaréis en la J. C. Pero si alguno tuviere esa duda, debe desecharla inmediatamente. En nuestras J. C. hay de todas las clases sociales. Así, practicamos la verdadera fraternidad humana. Somos hermanos y como tales debemos convivir y educarnos juntos.

Que la J. C. sea en San Bartolomé un nuevo lazo de unión a los ya existentes, entre ricos y pobres; que todos se compenetren, que todos se conozcan, que todos trabajen juntos y se amen.

De esa compenetración saldrá el conocerse mejor, el darse cuenta cada cual de las necesidades materiales y espirituales del prójimo. Y con hondo y sincero espíritu de caridad, acudid a remediarlos en lo posible. Tendréis hondas satisfacciones, tendréis días de ventura y de paz, tendréis sobre todo, la conciencia de haberos educado como católicos, y como católicos habéis vivido.

EL NOMBRE DE TALAVERA

(Sin fecha)

En una de las últimas sesiones del Ayuntamiento se ha propuesto que el nombre de nuestra ciudad, sea sólo el de Talavera, suprimiendo su específico, “de la Reina”.

Impresión desagradable nos ha causado, así como a gran número de talaveranos cualquiera que sea su ideario. Hemos creído que nuestros munícipes, atraídos por asuntos de más trascendencia que esperan su resolución en la casona municipal, no se dejarían llevar de esa fiebre que sigue a todo cambio político y se detendría, sobre todo, ante el nombre de la patria chica.

Desgraciadamente no ha sido así. Llevados por un deseo puramente político, pues otra razón no se nos alcanza, se pretenden borrar unas palabras que si nada influyen en la ideología del pueblo, sí actúan en su sentimiento, y éste se ha forjado de tal manera en el yunque de los siglos y de los acontecimientos, que saben muy bien quienes proponen tal cambio, que una

disposición gubernativa podrá suprimir del nomenclátor nacional un nombre, pero que en la conciencia del pueblo perdura lo que su pasado le deja, como perduran y se conservan en la ciudad mil nombres antiguos, ajenos a las luchas políticas.

El nombre de Talavera de la Reina no es nuestro. No es patrimonio de esta generación. No puede, por tanto, disponer de él porque pertenece a algo más imperecedero que nosotros; a algo más sereno que los momentos de lucha. Pertenece a la Historia: en ella se forjó y en ella se ha perpetuado, penetrando en la conciencia popular, a diferencia de tantas cosas que a ésta se han querido imponer y que rechazó con su indiferencia, cuando no con sus sátiras.

La misma antigüedad de su origen, la Edad Media, la eleva sobre las actuales contiendas de régimen. No es el nombre de Talavera de la Reina la expresión de un sentimiento, la condensación de un ideal. Es el nombre de un pueblo que tuvo importancia sobrada para honrar a una reina, contando en su patrimonio que, cuando la organización social de aquella época dio ante otros idearios y no tenía fundamento la existencia de su específico, lo conservó como un lujo, como un blasón, como algo que ya no era sino un recuerdo de su brillante historia.

Con clara visión de la inmutabilidad de ciertos conceptos, el alcalde de Madrid, Sr. Rico, comentando la destrucción de determinadas estatuas, decía: *“Estas no representan el régimen caído. Por tanto, hay que conservarlas porque pertenecen a todos, pertenecen al arte”*. Y el nombre de la ciudad pertenece a la Historia, debiendo quedar por encima de rencillas y banderías actuales, porque nada representan. ¿Qué se busca con tal propuesta? ¿Un golpe de efecto? No, la galería lo pide ni están los momentos para ello. ¿Resolver un problema municipal? No radica ahí la solución de estos. ¿La supresión de una representación monárquica? Que se suprima entonces de nuestro escudo la leyenda: *“Muy noble y muy leal”*, porque si el nombre nos le dio la Monarquía y a ella representaba, también nos dejó una leyenda que se forjó a su servicio. Y que se suprima también, si pueden, nuestra Historia porque a ella va unida también la idea del régimen caído.

La misma razón hay para lo uno que para lo otro. ¿Se busca entonces, una profesión de fe republicana? ¿Se quiere llevar este ideal a la conciencia del pueblo? Desengañense todos. Eso no es cuestión de nombre, más o menos.

Talavera será grande cuando sus vitales problemas se resuelvan, cuando la potencia de su agricultura y su industria la hagan ocupar un puesto preferente en el mercado nacional, cuando las vías de comunicación la abran mercados desconocidos, cuando se saneen las covachas de sus innumerables viviendas. Cuando la crisis del trabajo se resuelva cristiana y felizmente, cuando tantos

aspectos de su vida hallen acertada solución. Y entonces Talavera será republicana, aunque se llame de la Reina y los republicanos tendrán motivos sobradísimos de orgullo y los contrarios reconoceremos y aplaudiremos lo acertado de su gestión.

Expresión del sentir de sus hijos que, conscientes de su valor solamente histórico, no vacilaron en tener a su frente otros Ayuntamientos republicanos, como tampoco dudó en elegir al actual porque representaba su presente ideología.

EN LEJANAS TIERRAS

(Sin fecha)

En un libro antiguo lo leí, historia triste era y que produjo en mí tal sensación, que no pude menos de impresionarme, y decidí trasladarlo al papel.

Era en Méjico, en donde un error político del emperador Napoleón III había entronizado una dinastía que, si era simpática a Europa por las personalidades del emperador Maximiliano y de la emperatriz Carlota, no podía serlo a los mejicanos, acostumbrados a las prácticas republicanas.

Aquel gallardo archiduque austriaco, aquella hermosa figura militar, pensó que con la prudencia en el mando y la concesión de determinadas garantías democráticas, podría llegar a restablecer la paz pública y cimentar un grandioso imperio que contrarrestase la ya predominante influencia norteamericana. Error funesto fue el de aquellos dos desgraciados monarcas.

Lanzóse el pueblo a la revolución y descalabro tras descalabro, llegó el fatal momento en que juaristas e imperiales se hallaron frente a frente en los campos de Querétaro y se aprestaron a reñir la batalla decisiva.

Tremendo fue el choque. Los revolucionarios, alentados por el espíritu de independencia que los había lanzado al campo, combatían con furor y decisión; los monárquicos, animados por la bravura del emperador que peleaba en primera fila, defendían con tesón digno de la lira de Homero, Leonor de sus banderas. Un sol de fuego reflejaba sus rayos en las armas con siniestro brillo y una nube de polvo envolvía a los combatientes, dejando ver a ratos y entere sus desgarrones, el fieltro de anchas alas de los mejicanos, a los pintorescos uniformes de sus enemigos.

Revolaba indecisa la victoria de uno a otro bando; tronaban las armas de fuego y clarines, trompetas y tambores llenaban el espacio de bélicos sonidos. Un regimiento de caballería republicana cargó con furioso ímpetu sobre el ala izquierda del ejército imperial, e introdujo tal pánico en sus filas,

que a la carga subsiguió la derrota. Acudió Maximiliano a sostener a su gente, pero su heroico esfuerzo resultó inútil y se vio envuelto por el enemigo en unión de los generales Miramón y Mejía, mientras su Estado Mayor huía y la defección de los generales era la nota dominante del combate.

Con un puñado de bravos resistió mientras tuvo fuerzas para ello; pero no queriendo sacrificar estérilmente más vidas de sus leales, rindió su espada y esperó sereno el fin que la suerte le deparaba. Dirigióse, pues, al jefe que tenía más próximo, y entregándole el arma dijo: “Tome usted esa espada que no ha manchado la ---- (no se puede leer en el original). Me he equivocado, buscaba la felicidad de mi pueblo”. “No era bueno el camino”, respondió secamente el jefe. “Espero que sabréis mostraros dignos de la victoria y perdonaréis a mis desgraciados compañeros”. “Nada puedo responder, eso toca al presidente de la República y al gobierno legítimo”, contestó el republicano. “Está bien. Esperamos”. Momentos después, Maximiliano, Miramón y Mejía eran entregados al general Corona, el cual mandó constituirlos en prisión. Así terminó la batalla del Cerro de las Campanas y comenzó la terrible tragedia que se desarrolló veinticuatro horas después. El gobierno triunfante fue inexorable con aquellos tres desgraciados y el consejo de guerra los condenó a ser pasados por las armas.

Constituidos en capilla, fue llamado para auxiliarlos el abate Fischer, el cual rogó que intercediese con Juárez para que perdonase la vida a sus compañeros de desgracia. Mas, a pesar de que se presentaron al presidente 60 señoras de San Luis vestidas de riguroso luto para solicitar el indulto, éste fue negado así como la petición del emperador de ser fusilado antes que Miramón y Mejía.

A las once de la mañana salieron de la prisión y fueron conducidos a un cercado próximo, donde había de verificarse la ejecución. Entonces Maximiliano dijo a los generales: “Compañeros, ¡vamos a la libertad!”. Y añadió dirigiéndose al confesor: “Decid a López que le perdono su traición (pues le había abandonado en el momento crítico) y a Méjico su crimen”. Arrodillóse en el sitio que se le había designado entre Mejía y Miramón, rogó que no se le vendaran los ojos y una descarga cerrada de la escolta acabó con la vida del infortunado archiduque, a los 34 años de edad.

LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

(Sin fecha)

Señoras, señores: Me toca cerrar este acto de confirmación católica que el celo y la religiosidad de los jóvenes católicos de Sevilleja de la Jara han organizado, y cuyo desarrollo se nos ha hecho el honor de encomendarnos.

Preocupado andaba en la elección del tema para mis palabras, porque es la doctrina católica tan rica en doctrina y todas de tan destacada actualidad, que todas me parecían debían desarrollarse. Pero me atrajo una de tal trascendencia e importancia que sin ella serán baldíos todos los esfuerzos para la cristianización de la juventud y de la sociedad española. Serán nulos todos los trabajos porque ni la juventud, ni la sociedad pueden subsistir sin su más firme cimiento que es la familia.

Que la familia es el más firme cimiento de la sociedad nos lo dice la batalla que, acerca de ella, se está riñendo en todos los campos. Se defiende a la familia por unos; se ataca a la familia por otros; lo que nadie puede hacer es permanecer indiferente ante lo que a la familia se refiere.

Y digo que nadie debe permanecer indiferente porque, por desgracia, han sido muchos los años que los padres han ido dejándose apoderar por la indolencia, con olvido de sus más elementales deberes. Han sido muchos los derechos que, en el transcurso de esos años, han ido arrebatando a los padres los enemigos de la familia y, en especial, de la familia cristiana.

Y hay que reconocer, aunque sea triste reconocerlo, que los padres católicos no han hecho nada por defenderse. Dejándose llevar del materialismo que inundó toda la sociedad, con olvido de aquellos principios espirituales, que son el consuelo y la esperanza de los hombres, los padres de familia, vamos a decirlo aunque la frase parezca cruda, los padres de familia creyendo que su misión era traer los hijos al mundo y ponerlos en condiciones para ganarse la vida, olvidando todo lo que se refiere a su educación religiosa y moral. Como si todo acabara en este mundo, como si toda la felicidad consistiera en los placeres terrenos, como si esos hijos no tuvieran un alma que salvar y por la que vertió su preciosísima sangre nadie menos que un Dios.

Esta ha sido la fisonomía de la educación de la juventud en los años anteriores. Un abandono casi absoluto de los padres, una indiferencia de la sociedad y una intensa labor de los enemigos de la religión para apoderarse del espíritu de los jóvenes. Quizá vosotros, por fortuna, no conozcáis ese mal; pero si camináis por la vida de la ciudad y aún de los pueblos, el paisaje es aterrador. La juventud campa por sus respetos, libre de toda fiscalización, sabiendo que si no falta a las reglas sociales nadie se molestará en dirigirla y dominar sus caprichos, nadie sabrá oponerse al avance impetuoso de las pasiones en la edad más peligrosa de la vida.

Para perder a los jóvenes no se ha perdonado medio: el periódico, la revista pornográfica, la película licenciosa, la conversación descarada, el ridículo sobre el que pensaba en católico, la exaltación del materialismo

grosero. Y con estos medios no se ha dejado libre ningún lugar, ni se ha respetado la conciencia del hombre. Todo lo contrario.

Conscientes los ateos del problema, acudieron a educar a la juventud desde sus primeras edades. Se lanzó la idea de la escuela laica; se desterró la enseñanza de la religión de las escuelas e institutos; se quitó de los planes escolares cuanto pudiera inculcar la idea de Dios; se fue infiltrando en las masas la creencia de que todo el placer estaba en la tierra y de que cuanto en ella se gozase, era todo el premio que el hombre tenía.

Las consecuencias de esta educación, señores, no se hicieron esperar. La juventud se ha transformado por completo. Ya los niños no sueñan con las dulces quimeras de la infancia; ya los chicos no juegan a sus juegos infantiles; ya los jóvenes no ansían el mañana placentero porque lo tienen conocido; ya los hombres no viven esperanzados y alegres porque la vida no les ofrece alicientes, agotadas todas las sensaciones, y porque la visión de un mundo ultraterreno no se alcanza a sus inteligencias alejadas de Dios.

La tristeza es la hija de este siglo. Tristeza en la juventud, tristeza en la madurez. Y si entráis en el fondo de todas esas diversiones que el mundo nos brinda, no encontraréis sino un ansia de desterrar esa tristeza; de ahogar, entre el ruido y el escándalo, el inmenso vacío de un alma en quien cortaron las alas y no puede volar.

¿Y aún hay quien se asombre al abrir el periódico y encontrarse con ese serial de muertes, de atracos, de asaltos, que van perdiendo importancia a fuerza de ser repetidos? No, señores. Todos esos hechos son simple consecuencia de las ideas que han ido infiltrándose en la sociedad.

Fijaos que ninguno de esos desgraciados cree en Dios. Fijaos en que son pocos los que se arrepienten, antes al contrario, hacen gala de sus ideas. Fijaos que la mayoría son mozalbetes, son jóvenes, apenas hombres, y después de fijaros en todo esto, reconoceréis conmigo en que estos frutos no son sino la consecuencia de esa semilla que desde hace años se viene sembrando entre nosotros. Y si esto es el presente, ¿qué será el porvenir? Lo que será el mañana si los padres no se cuidan de cumplir sus deberes, lo leí el otro día en *“El Debate”*.

Era un largo artículo dedicado a los juguetes que se han vendido estos días de Reyes y de Pascua. Allí se mencionaban una infinidad de juguetes que podrían colmar las ilusiones de cualquier rapaz. ¿Y sabéis cuál ha sido el regalo preferido entre tantos regalos de ensueño, hasta el punto de agotar las existencias? No ha sido la rubia muñeca que se acuna en los brazos al son de dulces canciones; no ha sido el capote que en sus caireles encierra la música y la luz; tampoco lo ha sido el caballo de cartón que hace soñar al muchacho con

fantásticos galopes. Han sido unas pistolas detonadoras, que se agotaron apenas puestas en venta.

Y contaba el cronista que a la puerta de unos almacenes se sorprendió a un grupo de muchachos que se repartían unas de esas pistolas que habían logrado coger de la tienda, para después jugar por las calles y plazuelas a los pistoleros.

Ese es el fruto de la educación de la juventud: que los chicos jueguen a matarse, que los chicos jueguen a robar, y a veces roban, como en el caso que os he citado.

Pero todo esto no solo es la consecuencia de la labor de los enemigos de la Iglesia de Cristo. Es también el castigo de ese abandono de los padres, de ese relajamiento de los vínculos familiares, de esa idea del matrimonio en que el marido marcha por un lado, la mujer por otro y los hijos quedan a merced del primero que a ellos se acerca.

En lugar de levantar el hogar sobre el amor, se levanta sobre la conveniencia, sobre la riqueza, sobre la hermosura, sobre la posición social. En lugar de afirmar la familia por la unión de sus miembros, estos se dispersan; en lugar de crear el cariño por el trabajo y el sacrificio, se abandona a los hijos porque su educación proporciona disgusto y sinsabores. Es más cómodo no molestarse, no preocuparse por nada con tal que a mí me dejen tranquilo; dicen muchos padres: yo dejo tranquilos a mis hijos, ya se abrirán camino con sus estudios y sus trabajos.

Y lo triste, lo verdaderamente triste es que muchos de esos padres se dicen católicos. Pero en lugar de obrar como católicos, obran como los que no lo son. No me cabe en la cabeza que un padre católico abandone a sus hijos a los peligros del mundo; como no me cabe que la alondra alegre prive a sus crías de su calor y cuidados. Y aún en esta comparación salimos perjudicados.

El ave vuela enseguida, los recentales pronto andan sueltos, todos ellos adquieren su independencia. Solo el hombre, el ser superior de la creación necesita mucho tiempo antes de valerse por sí mismo. Necesita entonces el cuidado de sus padres, la dirección de sus maestros, la ayuda de la sociedad. Pero no hay que olvidar que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y que no debe descuidarse esa alma en la preparación del joven para la lucha por la vida.

Y cuando son necesarios tales cuidados y dirección, ¿se abandona al hijo por los padres? Así ha sido, pero no debe ser. Todo padre ha de responder ante Dios de sus hijos. Al padre se le reconocen derechos, pero también se le imponen obligaciones; obligaciones muy severas, muy duras, porque de él depende la salvación de ese hijo que Dios puso a su cuidado.

Y si no cumple tal padre con esas obligaciones, que no se llame padre, que no se llame católico, porque para ser padre y para ser católico hay que saber apreciar y querer lo que es un retoño del amor, y hay que mirar y cuidar lo que se criatura de Dios.

Mas, felizmente, el mundo católico se va despertando. Vamos dándonos cuenta de cuál es la responsabilidad de cada uno. La triste experiencia de los años pasados y la dura realidad de hoy nos hacen meditar sobre las causas de ese desquiciamiento social.

Y como de esa meditación se deduce que la causa principal es el olvido que hacemos de Dios, comienza a surgir en todos los hogares, en todos los pechos, un ansia de rectificar conductas anteriores. Comienza la sociedad a darse cuenta de que no es posible la salvación fuera de la religión.

Tal resurgir lo estáis viendo continuamente, hasta la paz y la tranquilidad de nuestros hogares llega. Un día es la juventud la que se levanta decidida a buscar nuevos horizontes a su espíritu inquieto; otra vez son las mujeres las que se aprestan a defender la santidad de un hogar y el sagrario de su conciencia; otras son las masas obreras las que levantan su agobiada frente para elevarla a la altura, buscando el consuelo y el amor en Él, que es la fuente del amor y el consuelo.

De todas las capas sociales surge un impulso de espiritualidad, que rechaza la organización materialista de la sociedad. Nada de luchas entre hermanos, nada de adoración al becerro de oro, nada de anteponer a todo nuestro egoísmo, nada de cifrar el ideal de la vida en el placer y la sensualidad, nada de todo esto. La vida es amor, es sacrificio, es continuo trabajo; es también la esperanza de que ese amor, de que ese sacrificio, de que ese trabajo nos irán trazando el camino para llegar a aquel Supremo Ideal, que si en su infancia fue la representación del trabajo, en su vida lo fue del sacrificio. Y en su muerte, con su calvario, fue la encarnación del Amor, de un amor que borró todas las diferencias, que igualó todas las desigualdades, que nos fundió a todos en aquel inmenso abrazo que se dibujó en el madero de la Cruz para aparecer en el firmamento como el símbolo del Amor infinito.

En este continuo despertar religioso de todos los grupos sociales, no puede faltar el despertar del grupo social por excelencia, del grupo familiar. Es preciso que los padres de familia se alejen de esa indiferencia por la educación religiosa de sus hijos. Y hemos visto sus consecuencias.

Por eso se impone la necesidad de que entre todos salvemos a la sociedad y nos salvemos a nosotros mismos. Los jóvenes siendo la aurora de la sociedad cristiana, preparándose por su piedad, por su estudio y por su acción para ser los nuevos apóstoles del cristianismo a su paso por el mundo, y cuando funden nuevos hogares. A vosotros, padres de familia, os corresponde defender a vuestros hijos del peligro de los enemigos de la religión y proporcionarles medios de que un día sean lo que vosotros, verdaderos hombres y padres

cristianos.

Mirad que de vosotros depende lo que ha de ser la sociedad. Mirad que cuando un padre quiere, los hijos son lo que él es. Mirad que Dios os pedirá un día cuenta estrechísima de esas almas que confió a vuestro cuidado y vosotros las habéis dejado perder.

Me he enterado esta mañana que está casi organizada en este pueblo la Asociación de Padres de Familia. Os felicito por anticipado y os pido que la acabéis de organizar y permanezcáis fieles a ella.

La atacan a la familia de múltiples formas; se la quiere destruir. Ciertamente que vosotros salgáis a su defensa. Tenéis que trabajar con esa Asociación para que se os reconozca en las leyes todos los derechos que os corresponden. Los hijos son vuestros, no son del Estado. Vosotros los engendrasteis, vosotros los habéis cuidado; sois los que gozáis con sus alegrías y sufrís con sus amarguras; sois los que pasáis largas horas de insomnio soñando con el porvenir de ellos; sois los que en la dureza del trabajo sabéis poner el consuelo del recuerdo de los hijos.

Por eso, debéis ser los que decidáis sobre la educación que deba dárseles. Que no se dé el caso triste de que hijos de católicos, se eduquen en escuelas laicas; que no se dé el caso de que esas escuelas laicas estén costeadas por los católicos.

No se me diga que la escuela laica es neutral, que respeta todas las creencias. Es mentira, os digo. Nadie puede permanecer indiferente a un sentimiento tan hondo en la naturaleza humana como es el religioso. *“El que no está conmigo, está contra mí”*, nos decía el Divino Maestro. Y si no se educa a la juventud en los principios de Cristo, esa juventud buscará para llenar el vacío de su corazón, otros principios sean los que sean.

¿Queréis unas muestras de lo que es el laicismo en la enseñanza? En Francia, país laicista por excelencia, la mayoría de los maestros son ateos en lo moral y comunistas en lo social. Vosotros veréis qué enseñanza darán esos maestros a sus alumnos.

Y en nuestra patria os contaré un caso, caso tristísimo que apenas el alma cuando se conoce. Fue el protagonista el maestro y quiero hacer antes la salvedad de que hay maestros dignísimos que repudiarán el hecho, pero quiero contároslo porque es una muestra de lo fácil que degenera el laicismo cuando hay sectarismo y mala fe.

Un pueblo en la provincia de Cuenca. Un maestro que invita a un amigo suyo, vecino de Talavera y que me merece confianza plena, a visitar la escuela. Ya en ella, llama el maestro a un chico y le dice: “Pinta en la pizarra la cara de Jesucristo”. Y el muchacho, alma inocente, víctima de la incultura y la barbarie de ese maestro, pintó la cabeza de un asno. ¡Hasta eso llega el laicismo! ¡Hasta

educar de esa forma a los niños! Hasta oscurecer la inteligencia de ese pobre maestro que se creará sabio, pero que confunde la cabeza sacratísima de Cristo con suya propia.

Otro de los fines de la Asociación de Padres de Familia es la de trabajar por la libertad de la enseñanza. Que ésta no sea única, que haya diversidad de escuelas donde el padre católico eduque a su hijo en católico; el padre protestante que lo haga en protestante y el judío en judío, pero que nunca los padres católicos sostengan con su dinero escuelas donde se les enseñe a odiar a su religión.

También lucha esa Asociación contra la pública inmoralidad. Uno de los males que acecha a los jóvenes es la abundancia de libros y revistas que emponzoñan el alma y degeneran los cuerpos abundancia de espectáculos. Contra todo eso hay que luchar, hay que desterrarlo de la vía pública, hay que impedir penetre en el santuario de la familia, hay que dignificar las costumbres para que la sociedad sea un reflejo de los espíritus cristianos.

A ese y otros fines, que no expongo por no extenderme, tenéis que colaborar vosotros. Es necesaria la ayuda de todos, el esfuerzo común. Acabad de organizar la Asociación, dad vuestro apoyo moral a esos hombres que están trabajando por la familia cristiana, prestad vuestro aliento a todos los que se sacrifican por este ideal.

Pero sobre todo, sed buenos padres de familia, sed buenos padres católicos. Educad a vuestros hijos en la doctrina de Cristo, dadles esas creencias que les ayudarán a sobrellevar la dureza de la vida. No permanezcáis indiferentes ante el porvenir espiritual de vuestro corazón. Prestad apoyo a esa florida juventud católica que permite augurar prósperos tiempos; rodeadla de vuestro cariño y cuidado, traed a ella a vuestros hijos, que reciban las sabias enseñanzas de su consiliario; y si así lo hacéis, la paz será con vosotros.

Tendréis días de sosiego espiritual y material porque si es cierto que quien siembra recoge, vosotros habéis sembrado cariño y no podéis recoger sino gratitud. Arrojasteis simiente divina y el Señor os devuelve ciento por uno de lo que sembrasteis.

Yo tengo la esperanza, mejor dicho, la ilusión de que alborearán días mejores. De que a esta sociedad egoísta sucederá otra más cristiana y más justa. Los primeros resplandores de ese día que amanece, se perciben en el horizonte. ¿Que para traer esos días venturosos hay que sufrir trabajos? No importa, no se recoge la cosecha en un día. Laboremos, trabajemos sin cesar. Cada cual desde su esfera: el que estudia, con su inteligencia; el que trabaja, con su esfuerzo; el padre de familia educando a sus hijos; la madre haciéndose reina de un hogar cristiano; los jóvenes con su preparación y sus entusiasmos. Somos jóvenes y nuestras energías debemos emplearlas en el triunfo de la religión; en vosotros

confía la ilusión de la Iglesia. Sois los hombres del mañana, sois los futuros padres de familia, sois lo mejor de la sociedad porque a vosotros no ha llegado el aliento de la ciudad, con sus vicios y corrupciones.

Del campo vienen aires nuevos que devuelven la salud y la firma; que del campo, que de vosotros llegue a la ciudad ese aire de renovación cristiana que nos devuelva a los de la ciudad la fe y la confianza, para entre todos levantar esa España en que sus grandezas vayan aureoladas con el espíritu de su religiosidad.

LAVIRGEN MARÍA Y LAS CIENCIAS

(Sin fecha)

“Ranimiro, el audaz”

No porque una cosa influya sobre otras de un modo indirecto, deja por eso de influir, y esto a veces en gran manera... Decir que la Virgen ha influido en el progreso de las Ciencias, parecerá a primera vista, tal vez a muchos, sino una afirmación falsa, por lo menos una cosa extraña, porque María Santísima ni se dedicó a la ciencia, ni su misión y alta dignidad de Madre de Dios se relacionaron de una manera directa e inmediata con el desarrollo de las ciencias. Pero, ¿podemos negar que hubo, siquiera fuese indirectamente, influencia por parte de María en las ciencias? De ningún modo, y esto me propongo demostrarlo en el desarrollo de este breve y modesto discurso.

Como devoto de María Auxiliadora y estudiante por profesión, nada mejor que esta verdad me ha parecido del caso para hacerla objeto de estas pobres líneas.

María Auxiliadora me sostuvo y sostiene siempre en mis decaimientos. A Ella acudo en mis dificultades y de Ella consigo la luz que pretendo. Ella es el faro que me ilumina a través del mar tempestuoso de la vida, Ella neutraliza con su cariñoso poder el ambiente malsano y corruptor que rodea la juventud de nuestros días; y a Ella, por tanto, quiero mostrarme agradecido dedicándole este, mi pobre trabajo, cantando a mi manera sus grandezas.

Tres cosas, señores, han formado siempre el asunto de las investigaciones de los sabios y de las eternas disputas de los filósofos: Dios, el mundo y el hombre. Leed los libros de los antiguos representantes del saber humano y encontraréis el error formando el fondo de las más inconcusas afirmaciones de la ciencia aquella.

Veréis luego aquellos principios como al concretarse en instituciones, produjeron la tiranía y la barbarie; cada cual resuelve a su modo, estos magnos e imprescindibles problemas y cada una de estas diferentes resoluciones deja, cual siniestro cometa, un rastro de tinieblas y de muerte.

Los indios recurrirán a la Gran Unidad para explicar el origen de los seres; y al Dualismo los persas; expondrán otros como las conquistas más grandes de la ciencia, los sueños de Brama, principio de los seres; representarán en Roma los dioses griegos las mayores extravagancias y simbolizarán los mayores crímenes. En una palabra, veremos el caos en el orden moral, como el caos aquel que precedió a los días del Génesis.

La República romana que se engrandeció con las guerras extranjeras y se fortaleció con aquellas austeras virtudes que la hicieron tan famosa entre todas las naciones, murió a manos de los sofistas griegos y de las guerras civiles. Contemporáneas fueron en Roma, la filosofía de Epicuro y las tremendas proscripciones de Mario y Sila.

La “Señora” del mundo, cansada de su virtud y enloquecida con sus triunfos, para divertir sus ocios se entregó a los más torpes deleites y se rasgó sus propias entrañas. El mundo no podía existir ya de esa manera: la exageración de la idea de la autoridad había producido el despotismo, el olvido de la idea de libertad, la servidumbre, el culto rendido a todas las divinidades extranjeras, la indiferencia religiosa. Los sofismas de los filósofos griegos habían acabado con la razón y con la ciencia; como los vicios habían acabado con las austeras costumbres del pueblo romano, era, pues, necesario levantar los espíritus y fortalecer los cuerpos, era preciso restaurar la verdad política, la verdad moral y la verdad religiosa.

Entonces fue cuando apareció en el mundo una mujer, al parecer débil y oscura, pero que luego sería mirada como el tipo más acabado de la mujer fuerte de la Biblia, que trazara el pincel oriental de Salomón, que sería justamente llamada el “asunto de los siglos”. Porque ella es y su parto divino el que señala la intersección de los tiempos antiguos y de los tiempos nuevos. Un vago y hondo rumor dilatándose por las naciones, anunció la venida del Hijo de María, y con ella la venida de la libertad, hija de la verdad. María presenta al mundo a Jesucristo, y Jesucristo muda el semblante a todas las cosas. Al revés de los revolucionarios que comienzan por escribir las tablas de los derechos, ha escrito para todos el código de sus deberes. De su divina boca fluyen esos apotemas evangélicos, que serán como las alas más poderosas de la filosofía, y cuando salga de sus labios el sublime sermón de la Montaña, dará su fundamento a las ciencias morales y políticas, promulgando un código que, en expresión de un sabio, “no tiene precedente, ni tendrá quien le iguale”.

Él proclamará con sus palabras y sus ejemplos el reinado de la caridad y formará la base y el espíritu de las ciencias sociales. Esto y mucho más que, aún vosotros, queridos compañeros, sabéis mejor que yo, trajo consigo la venida de J. C. y la venida de María. Porque como dice Augusto Nicolás: “Cuanto hizo el Verbo encarnado compete en cierto modo a María, y a ella se refiere como agente divino de su manifestación”.

Si queréis ver más directamente el influjo de María en el desarrollo de la ciencia, parad vuestra consideración en el cambio saludable que en el mundo produjeron el ejemplo y virtudes de María; para no extenderme demasiado, me fijaré solo en la virtud de la pureza.

Sabido es el poder que ejerce el corazón humano sobre la cabeza, sobre la inteligencia. La corrupción del corazón, la depravación de las costumbres, el vicio, fue y ha sido siempre la causa de que se hayan perdido clarísimas inteligencias, oscurecidas por el inundo vapor de las pasiones. Al contrario, los tiempos en que la virtud de la pureza ha sido más respetada y practicada, han sido los más fecundos en grandes sabios y sanas doctrinas, y estos tiempos, la Historia lo dice, todos lo sabéis, han sido aquellos en que más influjo y ascendiente ha tenido la pureza de María Inmaculada. Sí, señores, María purificando el ambiente social y formando la inteligencia de innumerables sabios que fueron fervientes devotos suyos, ha dado un gran impulso al desarrollo de todas las ciencias.

No se habían reunido al pie de la Cruz en Alejandría los primeros fieles, cuando ya al lado de la filosofía del paganismo surgía la filosofía cristiana, que bien pronto había de combatirla. La misma escuela defendía en Atenas la verdad cristianizada y en los bancos de los estoicos y del pórtico se veía sentados a los Basilio y Nacianceno. Fortalecidos por las afirmaciones cristianas e iluminados por la gracia, se levantó una pléyade innumerable de sabios que, ávidos de penetrar el secreto de nuestros dogmas y los secretos de la naturaleza, pudieron conocer sus relaciones y armonías.

Encontrando a María donde quiera que encontraban a Cristo, se inspiraron en esta proximidad y crearon páginas inmortales, apologías entusiastas y tratados llenos de amor y de ciencia. Pasaron unos siglos y les sucederán otros, unas generaciones surgirán de la ruina de otras generaciones, pero nunca dejarán de resonar los nombres de San Cirilo, San Ambrosio, San Anselmo y San Bernardo, luminas de la ciencia teológica; de Alberto Magno que llevaba de frente todas las ciencias.

Nunca dejarán de ser admiradas esas inteligencias, que formó el amor y pureza de María. Porque María haciendo amables la pureza y el amor, formó la inteligencia de Santo Tomás de Aquino que, purificando y cristianizando las obras del filósofo de Estagira, Aristóteles, deshizo mil preocupaciones

infundadas y trazó nuevos derroteros a la ciencia. Formó la inteligencia del doctor sutil, de aquel que defendiendo la Concepción Inmaculada de María fue el pasmo de la Sorbona de París. Y la inteligencia del gran Copérnico y la de Kepler, a quien las armonías de las esferas producían éxtasis religiosos, y la Ximeno, que con el estudio de la naturaleza se inflamaba tanto algunas veces, que sus palabras fluían de sus labios en forma de salmos cantados a la divina omnipotencia.

Alejandro Volta, el inmortal autor de la pila y Faraday, el ilustre químico, y otros innumerables sabios; a nadie debieron su ciencia y sus progresos, sino al amor y protección de María. a María por tanto, se deben en gran parte los progresos de las ciencias todas. Así las naturales se inclinaron ante ella, en quien el Verbo “por quien todas las cosas fueron hechas” según su divinidad, ha sido echo Él mismo en su humanidad para ser en tan maravillosa operación, el fin de todas las obras, cuyo principio es y cuyo nudo lo constituye María. La Historia también saludará a María, a quien se la ha llamado como antes dije, “asunto de los siglos”. El Derecho le rendirá su homenaje por ser el “espejo de la justicia”. Las ciencias, en fin, todas ellas, rendirán vasallaje a la que la Iglesia llama “asiento de la sabiduría”.

María, pues, para terminar, por ser la Madre del Verbo encarnado, por el influjo de sus virtudes en el ambiente social, y por haber protegido e ilustrado la inteligencia de muchos sabios devotos suyos, influyó en gran manera en el progreso de las ciencias.

Por el contrario, cuando los pueblos y las naciones (como sucede ahora) se han olvidado de María, cuando han despreciado sus virtudes en vez de imitarlas y se han hecho indignos de su protección especial, ¡ah!, entonces vemos alzarse el sofisma sobre el trono de la verdad y al vicio matar las razas más vigorosas y las más nobles y generosas iniciativas.

Las ciencias apenas progresan y si progresan algo, será para contribuir a la dislocación social. Porque se abusará de la filosofía y de la historia para atacar a la religión y calumniar a sus ministros; del derecho para oprimir al inocente y comerciar con la justicia, y...

Señores, también se abusará de posprogresos de las ciencias físicas para construir bombas con que asesinar a los reyes, y para perturbar el orden internacional con acorazados y cañones.

He dicho.

“RELIGIÓN, MORAL Y CULTURA”

5.2.1927

Conocida es de todos la necesidad del hombre de vivir en sociedad y la imposibilidad con que se encontraría para subsistir por sí solo. Múltiples teorías han tratado de explicar el origen de la sociedad, buscándole en los más opuestos campos. Ha habido quien con la idea del pacto, ha buscado ese origen en el íntimo acuerdo de los hombres en estado antisocial, como Locke, o extra social como Montesquieu.

No ha faltado quien, dejándose llevar de su ateísmo, admite como principio de la sociedad la evolución natural con el innato deseo del hombre de vivir en la misma. Pero de todas esas teorías absurdas, cuyo estudio no es de este lugar, prescindimos en absoluto y admitimos como verdadera la de la naturaleza social del hombre, que en la creación del mismo por Dios llevando innata la idea de sociabilidad, nace el origen de la sociedad.

No vamos a estudiar los fundamentos de la teoría, ni a demostrar uno por uno sus principios básicos. Solo sí vamos a escoger uno de ellos y que por su evidencia tan manifiesta y lógica y su conocimiento, hacen que huelgue su fundamentación.

Supuesto el origen de la sociedad y la tendencia natural del hombre a vivir en ella, lógico es que esa inclinación se condense en alguna forma que la sirva de expresión. El primer grupo fundamental de sociedad que se encuentra constituida en la Historia es la familia, que podríamos definir diciendo que es *“el conjunto de personas unidas por los lazos de la sangre”*.

El origen histórico de la familia radica en Dios que, al crear al primer hombre, Adán, le dio también su compañera, Eva, formando de esa manera la primera familia, de cuyo tronco arrancan todas las demás y que desde los primeros tiempos de su constitución, como resultado de las relaciones de sus elementos, se compone de otras tres sociedades que aparecen en distintos momentos de su desarrollo: la sociedad conyugal, la sociedad materna y la sociedad heril.

La primera, relaciones entre los esposos, y la segunda, entre padres e hijos, tienen su origen en el mandato de Dios a la primera pareja: *“Creced y multiplicaos”*. La tercera, relaciones entre señores y siervos, aparece después como consecuencia del incremento de la población y de la diferencia de riqueza.

El estudio puede hacerse de dos maneras: las tres juntas como partes de un todo, y las dos primeras haciendo caso omiso de la heril. En el primer caso tendremos la familia desde el punto de vista sociológico; en el segundo, la familia propiamente dicha, la que en su seno tienen lugar esas relaciones íntimas que forman el hogar. Esta última es la que estudiaremos en su evolución histórica hasta el hogar contemporáneo, donde procuraremos estudiar los puntos de vista a que el tema hace referencia.

El estado de la familia en los primeros tiempos y su organización es materia que pertenece al campo de la Ética, que trata de desenmarañar la oscuridad de aquellos tiempos y la confusión que producen los escasos datos que nos quedan.

Según se deduce de las diversas opiniones de los dedicados a estos estudios, la primitiva forma de la familia y de matrimonio es la monogamia, concepción que concuerda con la idea de la creación por Dios de la primera pareja. A su vez y a través de la sucesión del tiempo, parece ser que la forma monogámica se va debilitando y como consecuencia del estado de lucha por la vida a que estaban sujetos aquellos hombres, nacen dos nuevas formas: la poligamia y la poliandria.

La primera, unión de un hombre con varias mujeres, se conoce como causa el abuso del triunfo en la guerra, apoderándose de las mujeres del pueblo vencido. Y la segunda, la más interesante de estudio, pues da origen a la teoría del matriarcado, es una secuela de la anterior. El pueblo vencido queda apenas sin mujeres y entonces se verifica la unión de una mujer con varios hombres; otras veces es la necesidad y la escasez de medios de subsistencia la que los obliga a dar muerte a parte de las mujeres, inservibles para la guerra, dejando solo las necesarias para la procreación. Pero, sea cual quiere la causa, el efecto es el nacimiento de la familia poliándrica.

Formado el matrimonio de esa manera, a causa de la incertidumbre paterna, va creciendo la influencia de la madre hasta ejercer la supremacía en la familia. Tal es el contenido de la teoría del matriarcado. Después vuelve la evolución familiar, a consecuencia del incremento de población y de los medios de subsistencia, a retroceder a las formas primitivas y ya la Historia nos da ejemplos de esa evolución hasta volver a adoptar la monogamia.

En esas distintas fases porque ha atravesado la familia, la situación de sus integrantes ha corrido pareja con el desenvolvimiento de la misma. En la monogamia, la supremacía correspondía al hombre; la mujer quedaba relegada a su labor reproductora, a los quehaceres domésticos y al cultivo de los campos. Los hijos, como consecuencia del medio en que se desenvolvían, eran destinados a las prácticas guerreras o a las domésticas según el sexo.

En la poliandria, el hombre continúa en su papel de defensor común, pero pierde sus prerrogativas como gobernante; funciones que desempeña la mujer a causa de su preponderancia. La educación de los hijos es la misma que en la monogámica.

En una sola idea puede condensarse la vida primitiva: carente de ideales, sin tiempo para otra empresa fija, con un culto rudimentario y supersticioso, su único objeto es la lucha por la vida. Otra cosa no sería admisible, pues aquellos tiempos no se prestaban para más.

Corramos el curso de la Historia y veremos desfilar pueblo tras pueblo, caracterizados todos con las mismas cualidades: el caldeo, el indio, el asirio, el chino, el fenicio, etc. Nos ofrecen una absoluta identidad de mentalidades tan pobres todas que, bajo el punto de vista que los examinamos, el familiar, nos presentan sus familias constituidas bajo la autoridad paterna, cuya misión solo se reducía a proporcionar hijos para la defensa de la patria y mujeres e infantes para ser inmolados a dioses como víctimas propiciatorias.

No faltan, sin embargo, pueblos como el egipcio, especialmente bajo el Imperio Tinita, que reconoce la supremacía de la mujer y educa a los hijos bajo la influencia de su religión, no tan cruel e inhumana, abriendo a su inteligencia capos más elevados que el guerrero.

Son otros, como el hebreo que, adelantándose a todos los demás y regido por la ley natural contenida en el Decálogo, suaviza el trato en la familia y reprueba el celibato, admitiendo como parte de la misma, al esclavo que es objeto de trato más suave y que puede ser libre en los años sabatinos.

Grecia misma nos ofrece las mismas modalidades con la única particularidad de quedar reflejada la mujer legítima a la casa y ejercer un papel preponderante en la vida pública, la hetaira. Únicamente Esparta se presenta con una fisonomía propia, a consecuencia de su organización militarista que hace de la familia un eslabón más de la cadena estatal y convierte a la mujer en una máquina reproductora, quitándole la educación de los hijos que el Estado enseña bajo el ideal férreo de la supremacía patria, o arroja por la roca Carpeya cuando no está en condiciones de cooperar al logro de esa supremacía.

Y llegando a Roma, en ella la sociedad toda nos presenta un grandioso desarrollo con relación a los pueblos estudiados. Bajo todos los puntos de vista, el pueblo romano se presenta como un innovador y aunque toma sus materiales de otros pueblos, especialmente del griego, es tanto el poderío de su personalidad, que deja impreso su peculiar sello en todo cuanto estuvo al alcance de su mano.

Bajo su acción se presenta la familia con una modalidad particularísima, que la distingue de todas las demás: la exagerada subordinación al pater familias, que queda convertido en el factotum, en el dueño y señor de todo lo a ella perteneciente. La mujer desaparece de la vida pública y despojada de todas las cualidades que el derecho público pudiera concederla, queda relegada en un segundo lugar como bestia de placer para saciar los bestiales apetitos de su señor.

Los hijos, descuidados de los padres y entregados a merced de esclavos y preceptores, daban rienda suelta a sus instintos conforme la edad les iba invistiendo de los privilegios que la ley les concedía, y carentes de toda idea moral, sin freno religioso que los contuviera, no tenían más Dios que su propio deseo, ni más ley que su voluntad.

Solo hubo un momento en que esos fatales abandonos de la mujer y de los hijos no existieron, y ese fue el de los comienzos del pueblo romano y el de sus grandes conquistas. Después, cuando endiosados con sus victorias fueron perdiendo las virtudes cívicas que a ellas les condujeron, cuando orgullosos de su poderío paseaban su mirada por el mundo conocido y no encontraban rincón en que no brillase el bruñido casco de un legionario; cuando no existía pueblo que no acatase las órdenes de Roma; como consecuencia de ese poderío, de ese orgullo, de ese dominio vino el apoltronamiento de los romanos: la pereza se apoderó de sus activos cuerpos; la malicie destruyó aquellas férreas humanidades; el placer secó las fuentes de aquellas inteligencias y el sopor de la muerte fue apoderándose de aquel pueblo.

Se perdió toda idea de religión, desapareció el temor a los dioses al reconocer entre ellos a sus más bestiales gobernantes, huyó de sus corazones toda idea de cariño y la mujer fue hundida en el rincón del hogar como otra cosa cualquiera, y los hijos fueron lanzados al campo de contratación del Faro en los tiempos de la decadencia.

En esas condiciones, el pueblo romano no podía subsistir. El enfriamiento del hogar llevó el frío hasta el corazón de sus integrantes; la ausencia de cariño embotó el sentimiento; perdida la autoridad paterna fundada en el amor y solo apoyada en las leyes, trajo consigo la pérdida de la autoridad gubernamental y vinieron las sediciones, los asesinatos, las proclamas, la pública subasta de un Impero y con ello la debilidad, la postración, la ruina y después los pueblos bárbaros, vírgenes como las esclavas que los engendraron, dieron el golpe de gracia al pueblo que se hundía bajo el peso de sus glorias como dice un escritor; aunque mejor estaría que se hundió bajo el peso de sus vicios, como dice otro.

Pero hay en la Historia del pueblo romano un acontecimiento que por sí solo llena todo el reinado de Augusto y es el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Su misión es de redención, es de paz, de reconocimiento de derechos, de amor, en una sola palabra.

Comienza por declarar la igualdad de todos los hombres ante Dios: derrocó a la esclavitud proclamando que todos los hombres son libres y estableció el principio de la confraternidad; eleva a la mujer de la condición de sierva a la de consejera, de compañera inseparable del hombre; de partícipe de sus penas y alegrías y de ayudante en la misión de la educación de los hijos como complemento del augusto acto de la procreación.

Enseña a la mujer el respeto que debe tener a su marido, la tierna sumisión a que siempre ha de estar sujeta; el amor con que le ha de cuidar y atender sus deseos.

Muestra a ambos la obligación en que se encuentran de velar por los

hijos, de inculcarles la ideas de religión y los principios de moral y rectitud; de guiar su mente por el camino de la enseñanza, de saber despertar sus aficiones, de cultivar sus facultades, de prepararles; en una palabra, para la realización de su alto fin en la tierra, siempre bajo la idea directriz de que hay un Dios justo y misericordioso que ve y juzga todos los actos del hombre.

Al mismo tiempo que vela por la educación de los hijos, presentando a los padres la tabla de sus deberes, preséntasela igualmente a aquellos, condensada en el cuarto mandamiento del Decálogo: “*Honrarás a tu padre y a tu madre*”. En ese precepto queda indicada la obligación de los hijos: velar por sus padres, honrarles siempre, obedecerles ciegamente, ser su esperanza, su consuelo, su apoyo en los momentos adversos de la existencia, su báculo en la vejez y ser quien recoja su último suspiro y cierre sus vidriados ojos cuando termine su misión en la tierra.

Pero no se reduce a eso solo la labor del cristianismo con respecto a la familia; no solo se conforma con dictar principios justos que le sirvan de norte y base, sino que formula otros varios que garanticen su estabilidad. Comienza por elevar el matrimonio a la dignidad de sacramento, sentando los dos inmovibles principios de unidad e indisolubilidad, condenando con ello y haciendo imposible la poligamia y el divorcio.

Establece asimismo el mandato de fidelidad para ambos cónyuges y no solo se conforma con esto, sino que extendiendo sus formidables tentáculos de justicia y caridad, bucea en las entrañas del Derecho hasta dejar asegurada por completo la integridad de la familia, con preceptos que no son del caso estudiar y que prolongarían enormemente este trabajo.

En medio de la corrupción de aquellos siglos y de la desigualdad tan manifiesta entre los hombres, por fuerza la doctrina cristiana había de chocar con innumerables escollos; pero al mismo tiempo la santidad y pureza de su contenido habían de triunfar de todos esos obstáculos y apoderarse del mundo. Había invadido el imperio romano, estableciéndose en sus doradas ruinas, aquel inmenso tropel de entes y pueblos, que griegos y romanos llamaron bárbaros, y que llevaban en su seno con sus ideales individualistas, el germen de las nacionalidades.

Aquel conglomerado de pueblos semejantes entre sí tenía una organización familiar que para sí hubiesen querido los vencidos. La mujer no es para ellos la esclava que puede vender como cosa, ni la bestia de placer a la que puede prostituir; es aquella de la que dice Tácito refiriéndose a los germanos, que entra por compañera de los trabajos y fatigas del marido y que ha de padecer y atreverse a lo mismo que él en paz o en guerra. Es la que no es adúltera, ni se avergüenza de tener hijos, a los que educa esmeradamente bajo los ideales de tierra y patria; es, en una palabra, aquella mujer en la cual habían de converger los ideales vírgenes de la selva y el espíritu regenerador de Cristo.

Y efectivamente, apenas se ponen en contacto los bárbaros con el cristianismo, cuando se produce aquella unión de la que han de surgir los distintos pueblos independientes, que salvarán los residuos de la civilización romana, y que alzarán sobre el esplendoroso pavés de sus creencias, la gloria y espíritu de la Edad Media; que incubará las nacionalidades mientras resiste al grito de "*Dios lo quiere*", el empuje bárbaro y destructor de los esclavos y turcos.

Sobre aquellas civilizaciones medievales rige el espíritu cristiano los actos de los hombres y las sociedades se asientan sobre la piedra fundamental de la familia bárbara, purificada y regenerada por ese mismo espíritu. Mucho podríamos decir de la organización de la familia, pero no podemos extendernos. Solo sentaremos sus características: el padre es el jefe de ella con potestad absoluta sobre los bienes de la misma; la mujer y los hijos permanecen bajo su patria potestad, pero sin el dominio absoluto que le confirieran los romanos. La mujer ocupa su debido lugar como consejera y compañera del marido y como educadora de los hijos; estos bajo la dependencia de los padres, se educan en los principios cristianos que garantizan, con todos los cuidados a que anteriormente hicimos referencia, la estabilidad de la familia.

Vamos a prescindir por innecesario y prolongado, de estudiar la Edad Moderna casi en su totalidad, bajo el aspecto que nos ocupa y fijarémos solamente un poco en un acontecimiento de esa Edad que origina otro suceso histórico que, a su vez, marca el paso a la Edad Contemporánea y que ejerce una gran influencia en la sociedad actual: La Enciclopedia.

Como consecuencia de múltiples causas que no examinaremos, aparece por los siglos XVII y XVIII un conjunto de teorías que, tratando de revisar y estudiar a la sociedad, socavan sus cimientos: las opiniones de Voltaire, Rousseau, Hobbes, Diderot, Montesquieu y otros filósofos, condensadas en sus escritos, echan por tierra el edificio social entonces existente, incubando la tragedia que estallaría posteriormente.

La doctrina del pacto deshace el concepto de la familia y la sociedad, reivindicando la soberanía para el pueblo. La familia ya no es el conjunto de personas unidas por los lazos de la sangre, ni la sociedad es la resultante del incremento de la familia, unidas por razones naturales y modificadas por causas físicas. No, la familia y la sociedad son las consecuencias del pacto voluntario de los hombres y por lo tanto, sujetas a sus inconsecuencias.

Y ¿podrían ignorarse acaso los efectos de esas teorías? La respuesta más contundente la tenemos en la Revolución Francesa, que destruye toda la sociedad antigua para formar otra en armonía a sus ideales, para después, con el transcurso del tiempo, venir a reconstruirse con los mismos principios que anteriormente desechó por falsos e inservibles.

El hombre es libre, la mujer también, ¿cuál es, por tanto, el papel de la familia? ¿Cuándo se crea el matrimonio civil y se admite el divorcio? No le

queda otro que la procreación en promiscuidad. ¿Y los hijos? La sociedad velará por ellos mientras alimentan sus almas. Son pan de pasiones desenfrenadas y de odios exacerbados en medio del sangriento tumulto alrededor de la guillotina.

Esa es la primera triste consecuencia de la Enciclopedia: la desorganización de la familia, la destrucción del hogar antes caldeado con las ideas de amor y respeto, y después frío; y esto por los hielos de incredulidad y las nieves de la indiferencia.

El tiempo transcurre y los principios de la Revolución van cayendo uno a uno. La teoría del pacto batida en todas sus fases, no se mantiene apenas hoy, y la sociedad ha ido renaciendo poco a poco, a impulsos de los mismos principios que antes se desecharon. Pero de las cenizas de la Revolución se alzan otras muchas teorías que aún hoy figuran en los campos de la ciencia y de la política.

El liberalismo, el socialismo, el anarquismo y el comunismo hacen su aparición, servidos por otros auxiliares, como el libre pensamiento, el evolucionismo y demás escuelas racionalistas y materialistas dispuestos a disputar el campo al cristianismo y a cambiar las bases de la sociedad; y a tal efecto dirigen sus ataques sobre la piedra fundamental del edificio social.

Bajo ese ideal de lucha, se aleja al hombre de la familia so pretexto del progreso del siglo; se quiere sacar a la mujer del hogar, abriéndola nuevos horizontes en la política y en la ciencia, descuidando sus más elementales deberes. Se mantiene el matrimonio civil que deja paso al abuso del mismo; se consiente el divorcio que desorganiza hogares y divide familias, arrojando a sus miembros por caminos tal vez opuestos; se educa a los hijos con solo deseos materiales, mientras se les aleja de toda idea de Dios y corre ante sus ojos un río de pornografía.

Se quiere formar con esos elementos dispersos, incrédulos y fuera de su esfera una nueva familia y con ella una nueva sociedad. Y esa familia no puede fundarse porque falta la fuerza amadora de esos elementos, que no puede unirse por altruismo porque dominan el egoísmo y la ambición; por sacrificio tampoco porque no reconocen más que su propio medio; por igualdad de ideales menos, porque no admiten más Dios que ellos mismos; por amor lo desconocen; por fe, la han perdido. Luego entonces, la familia quedará sin construir. Y como el hombre no puede vivir fuera de la familia, para formar esta ha de retornar a los antiguos principios.

Tal es la situación actual de la familia. Ahora bien, ¿qué causas son las que influyen sobre la misma? A primera vista, siendo la familia el núcleo donde el hombre nace, vive y muere y estando regida toda la vida de ese hombre por el Derecho, justo es que esa regencia y cuidado alcancen a la familia también. Pero la familia no es solo ese núcleo donde, jurídicamente considerado, se desarrolla el hombre. No, es también un centro donde se dan una serie de fenómenos íntimos que escapan a la influencia del exterior y que no pueden ser

amparados por el Derecho. Se concentra en su seno un conjunto de fuerzas que intervienen activamente en su vida, y verifican en ella una sucesión de relaciones espirituales que constituyen su misma esencia, y que forman ese núcleo tan sagrado llamado hogar.

Ahora bien, ¿cuáles son esas fuerzas que influyen el hogar independientemente del Derecho? Muchos son los diversos factores que le integran y que son sus más sólidos apoyos, pero los más importantes que podríamos citar, son tres: la religión, la moral y la cultura, factores que procuraremos estudiar como elementos del hogar español. Es la religión base fundamental de la familia porque sin ella los vínculos que unen a los padres e hijos entre sí, se debilitarían al faltarles su mayor fuerza de enlace. La religión, conocimiento de Dios, es el común denominador que une a los hombres en una estrecha dependencia con relación a su Creador; dependencia que se lleva en el fondo del alma amalgamada y sujeta con el lazo bendito del amor.

La religión, por tanto, es amor que liga los corazones y les ama bajo la sola idea de reconocimiento y acatamiento. Sin ella el mundo sería un caos donde cada cual se regiría por su capricho, sin que freno alguno pudiera impedir su marcha. La sociedad constituiría un conglomerado de individualidades que sin relación alguna, chocarían entre sí a impulsos de sus desatados egoísmos y sería imposible la existencia en un campo donde batallasen las pasiones, reguladas únicamente por la ley del más fuerte que, implacable, caería sobre la justicia y el derecho en alas de la ambición.

Sin religión no puede subsistir el mundo, ni puede mantenerse la sociedad, ni se podría conservar la existencia tranquila.

Luego si es imposible la vida sin religión, ¿dónde es necesario que se incube y produzca para lograr regularizar la marcha de la sociedad española? En el mismo germen donde ésta tiene origen y en la misma unidad que la integra: en la familia y en el individuo.

El hogar es el primer santuario donde nace el amor y con él la religión; en la feliz unión bendecida por el sacerdote y aprobada por Dios tiene su origen el hogar. En él se desarrolla la nueva vida de los esposos entre alegrías y esperanzas; en él y al calor del amor se desliza la existencia, mientras el nuevo ser que ha de perpetuar la raza, se engendra.

Y cuando Dios bendice ese hogar dándole la suprema dicha de la maternidad, esos padres se postran ante Dios y dan gracias por el placer que les ha proporcionado. Y entonces es cuando el niño crece y vive entre besos y plegarias; su cuerpo se desarrolla y nutre mientras su alma va recogiendo esas escenas de religión que ante sus ojos desfilan y las va guardando en su corazón

virgen, donde se agrupan para luego resurgir cuando parecen olvidadas y llevar al alma unos recuerdos que han de constituir la guía de sus actos y el freno de sus pasiones en la juventud.

Entonces es cuando los padres van depositando paulatinamente en la mente del niño la idea de Dios y dejan caer los primeros gérmenes de adoración y amor hacia su Creador. Y después vierten sobre su alma los primeros principios de la religión y le hacen gustar y paladear las dulcedumbres del bien y de la virtud.

Entonces, en esos momentos críticos en que el niño se transforma en joven y luego en hombre, es cuando se incuba el provenir de la sociedad y la prosperidad de España. Allí es donde fructifican y nacen aquellas semillas de amor que estaban guardadas en los corazones; en ese momento en que la venda de la inocencia cae de los ojos y estos se abren admirados ante el mundo, es cuando hacen su aparición los principios de virtud y justicia, que aleteaban en su inteligencia y que le sirven para conducir su existencia al rítmico palpar de sus ideas religiosas. Entonces es cuando está creado un hombre, que refrena sus impulsos y solo busca el triunfo de la justicia y el bien.

La sociedad española no puede tener nada de ese individuo porque en su corazón no se depositaron odios y rencores, sino que se encerraron los ideales de Dios y de amor. Ese individuo que lleva en su sangre el cariño que le dio la existencia y que transcurrió su infancia entre besos y vivas, que ha sido testigo del querer de sus padres y que con los bracitos enlazó sus cabezas, uniéndose estrechamente; que ha crecido entre cuidados y desvelos; que ha guardado en su pecho la idea de un Dios todo justo y misericordioso, y que ha paladeado las mieles del bien obrar, ese hombre que se educó en la religión, es todo amor, es todo cariño a cuanto le rodea. Y quiere al hogar en que nació, al lugar donde creció, al colegio donde se hizo hombre, a su España que le transmitió los divinos ideales y enseñanzas e hizo vibrar su ser a impulsos de sus glorias, y llorar de rabia en sus momentos de decadencia. Ese hombre solo sueña con laborar por el bienestar de su pueblo y por la felicidad de sus conciudadanos.

El hombre educado en religión no odia, no guarda sus agravios, no busca en la venganza la torpe alegría de sus pasiones; ese hombre perdona, ese hombre olvida y consecuente con sus principios, ama como hermano a sus semejantes y les atiende en sus necesidades; les consuela en sus penas; es partícipe en sus alegrías y borrando odios y rencores, labra por la felicidad de España, haciendo reinar el amor. ¡Solo es capaz de tanto el educado en la ley de Jesucristo!

Pero volvamos el reverso de la medalla. Supongamos a un hombre engendrado por el pecado, el interés o la indiferencia. En el hogar, si es que se formó, está ausente el amor; el niño transcurre su infancia entre lágrimas y sollozos, en esa casa no se habla apenas de Dios porque se creó a espaldas de él. Como falta el amor entre los padres, faltan los besos comunes a los hijos y

las pobres criaturas no tienen cariños que les cobijen ni cantares que les arrullen. Supongamos que es un caso frecuente y el más favorable que en esa familia formada por el interés, el pecado o la casualidad, solo uno de los cónyuges, la madre, es religiosa; el padre, superhombre y despreciador de la religión, o por lo menos indiferente, no se preocupa de los hijos, ya que realizó su medro o su deseo.

La pobre madre, conteniendo sus lágrimas pero dando de mamar al hijo las amarguras que en su ser se encierran, procura educar a la prole en la religión. Mas el tiempo transcurre y los hijos se van dando cuenta de lo que sucede en la familia: ven al padre mofarse de la religión e injuriar a su esposa, escuchan las palabras con que se ríe de la religión. La madre se queja del mal ejemplo que da a sus hijos y sus quejas se contestan con risas, cuando no con golpes; y esos hijos que ella educó con tantos cuidados, primero la ven con lástima, después con indiferencia y concluyen por reírse igualmente, realizando la tragedia del hogar.

¿Y puede España confiar segura en quien pasó su juventud entre la indiferencia del padre, las lágrimas de la madre y sin pensar apenas en los que le dieron el ser? Cuando sea mayor ese joven no tendrá más imperio que su voluntad, ni más freno que el temor de la pena a que pueda someterle la sociedad cuando delinque, y eso si no salta por encima de ese temor.

Hemos visto cómo la religión es la guardadora del hogar y cómo es quien determina el porvenir del mismo; pero la religión no puede ir separada de la moral, como ésta no puede existir sin aquella. Donde quiera que haya creencias, habrá preceptos que cumplir. Si la religión nos ofrece la idea de un Dios todopoderoso, la moral nos obliga a reconocer su autoridad. Si quitamos de la idea del hombre el futuro destino suyo que la religión le muestra, difícilmente puede no realizar los actos que la moral le prohíbe para alcanzar su destino. La religión y la moral por fuerza han de compenetrarse.

Vimos cómo la religión nos mostraba la existencia de Dios y cómo nos inculcaba los principios de verdad, de bien, de justicia, de amor; pero es necesario que esos principios se amolden a la vida, en una palabra, que sepamos qué acto es justo, qué acción es de bien, qué punto es verdad, y esta es la labor de la moral.

La moral es el principio que rige nuestros actos y mediante la cual sabemos cuándo éstos son lícitos e ilícitos. De aquí se desprende la importancia que tiene para la vida del hombre, ya que ha de ser la reguladora de su existencia y el árbitro de su felicidad. La moral, de la misma manera que la religión, la cual se enseña en el hogar doméstico.

El hombre ama por propia inclinación al bien, pero es necesario que sepa en qué ocasiones se da. Es indispensable que el hombre rija sus actos con arreglo a las creencias que se le dieron y cuando ese hombre sabe discernir lo

bueno de lo malo, completa con su inteligencia sus ideas morales.

Sin moral la familia española no puede subsistir. El hombre debe tener un freno que le impida aquellas acciones que van contra la integridad de la misma. Según la idea que se tenga formada de la moralidad e inmoralidad de los actos, así han de ser nuestras acciones y nuestras costumbres.

Cuando esas costumbres se rigen por un recto proceder y nos guiamos por los sanos principios que la religión nos dicta, es indudable el sano influjo que sobre nosotros mismos ejercemos con nuestras acciones. Vamos verificando en nosotros una especie de filtración a través de la moral que nos purifica y nos libra de los detritus malignos, que depositaron otros con el ejemplo o la enseñanza.

La moral es un prisma cristalino que solo deja pasar los rayos puros y es opaco para los impuros; es la que nos guía en todos los momentos y nos hace gustar las mieles de la práctica del bien, y conocer la tranquilidad de conciencia. Porque ¿cómo podríamos subsistir si todos los actos fuesen de la misma naturaleza? ¿Podría darse el peregrino caso de realizar dos acciones opuestas y que al mismo tiempo no se contrarrestasen? Imposible, es necesaria la existencia de una balanza de los actos humanos que permita comprobar su naturaleza, y esa balanza es la moral.

Vemos, pues, cómo es necesaria la moral y la acción que ejerce en nosotros. Luego, de aquí se desprende racionalmente el influjo que, entre otras muchas cosas, ejerce en la familia. Ella es siempre el freno que sujeta las paciones de los cónyuges y les impide atentar contra la integridad del matrimonio, rechazando de plano el adulterio y el divorcio que llevan la destrucción al mismo. Ella es la que se opone a los dispendios familiares en razón a la existencia de los hijos, a cuyo cuidado ha de proveer; ella rechaza la educación en la escuela neutra, cuando se trata de formar una moralidad universal de medias tintas porque el hombre racionalmente no puede permanecer indiferente a la idea de Dios y menos negarle; ella guarda el honor de la familia haciendo honesta y casta a la mujer española e impidiendo que con la ligereza de sus actos, caiga una mancha sobre el nombre del esposo y de los hijos.

Sin su existencia, el padre no se privaría de ofrecer el espectáculo asqueroso del desprecio al hogar y del amancebamiento incestuoso. Con la ausencia de toda moralidad vendría la desaparición de toda honestidad y con ella los respetos familiares, perdiéndose la autoridad porque difícilmente podría conservarla quien no da ejemplo de sus doctrinas. A la pérdida de la moralidad sucedería la del amor y desligados entre sí los hombres y despreciando los vínculos religiosos que los une porque no los reconocen, vendría la separación de los cónyuges, el abandono de los hijos, la disolución, en fin, de la familia. Y ¿qué sería entonces de nuestra patria, constituida en su base por una familia sin lazo alguno de unión?

He ahí el papel de la moral como elemento básico del hogar. Ella muestra sus deberes a los padres y a los hijos; marca el camino de conducta a seguir por toda la familia; se impone cuando alguien quiere apartarse de ese camino, pero también les recompensa abundantemente con los placeres íntimos del cariño cuando permanecen fieles a su deber; robustece los vínculos matrimoniales y eleva sobre ellos el edificio de la felicidad. Es la fiel guardadora de ese edificio y es quien impide su brusco desmoronamiento.

Si la religión es la base fundamental de la familia, la moral, unida a ella, es el ligamen de la misma y quien impide su destrucción. Las dos son necesarias, las dos indispensables; sin ellas no existiría el hogar.

Pero no son solo la religión y la moral los elementos básicos del hogar. Existen otros varios que sirven para mantenerlo, y entre ellos se encuentra la cultura. Podría parecer a primera vista que no existe ninguna conexión entre estos tres elementos, pero nada más equivocados.

La religión nos ordena el cumplimiento de ciertos preceptos; la moral amolda nuestras acciones con esas órdenes; la cultura no solo facilita el minucioso conocimiento de nuestros actos, sino que facilita su compenetración con la religión.

Todos los actos del hombre sabemos que se encuentran presididos por la ley natural y la ley divina. La natural la cumplen todos los hombres; la divina solo aquellos que la conocen. Pero existen aún entre los conocedores de la ley divina, diversos grados de conocimiento que influyen, según su intensidad, en los actos de los hombres. Cuanto más se conozca una ley, cuanto menos se ignore el contenido de la misma, mejor se cumplen sus preceptos. He aquí, pues, el papel de la cultura en el cumplimiento de las leyes.

El hogar se encuentra regido entre otras por las leyes religiosas y morales. Vimos cómo es imprescindible la existencia de esas leyes para el sostenimiento de la familia. Ahora bien, como consecuencia de lo anteriormente dicho, el hogar español estará más unido, el hogar estará más enlazado cuanto más se conozcan las leyes religiosas y morales.

Si ponemos a un hombre ignorante como cabeza de familia y observamos sus actos, estos veremos que están dirigidos por los principios en que se tocan la ley natural y la divina. El amor que tenga a la mujer es únicamente el instinto genésico y el que profese a los hijos, el consiguiente de la paternidad. Sus enseñanzas se reducirán únicamente a los empíricos razonamientos que él mismo se dicte y la esposa y la prole estarán unidas a él por lazos idénticos de obediencia y respeto.

Pero pongamos a un hombre culto, a un hombre conocedor de las leyes divinas al frente de un hogar y, aunque en el fondo los actos de éste sean

idénticos a los de aquel, pues no debemos olvidar que presiden a ambos los mismos principios divinos, existirá, sin embargo, una gran diferencia entre ambos procederes.

El hombre culto, si bien consciente de que es sumisión procrear, buscará el matrimonio no solo como medio de realizar esa misión, sino de procurarse al mismo tiempo la felicidad en la tierra y prepararla en lo futuro. Sus amores no serán los del deseo de la paternidad, serán los del consciente de la múltiple finalidad del matrimonio. El amor que profese a su esposa, será el debido a la compañera, a la santa mujer que con él comparte sus penas y dichas; y el cariño en que envuelva a sus hijos será el del padre que no se conforma con darles la existencia, sino que procura facilitarles los medios de hacérsela feliz. Sus enseñanzas serán las sublimes de la religión, valoradas con los conocimientos y luces que cerebros superiores hicieron sobre ellas; sus acciones serán el ejemplo manifiesto de quien los realiza en conformidad con sus ideales y los frutos de esas enseñanzas y esos ejemplos serán la expresión viva de la germinación de las semillas que depositaron.

Los lazos del hogar serán más estrechos aún, porque la comunidad de ideas y de cultura une más a los hombres entre sí y les relaciona íntimamente con Dios. El hogar será más estable porque quien no desconoce la desgraciada consecuencia del divorcio y la disipación, huirá de intentarlo siquiera. El amor será garantía de la solidez de las relaciones familiares, pues no puede desaparecer cuando hay personas que gozan y que sufren juntas; y la espiritualidad del matrimonio será eterna, pues quien no olvida los respetos y cariños que deben existir, difícilmente se saldrá del lugar que le corresponda y que su conciencia le dicte.

La cultura es uno de los elementos más eficaces del hogar porque quien penetra en lo interior de las leyes divinas, queda saturado de su contenido y es imposible que intente otro acto que vaya en contra de ellas. El hombre culto no ignora el puesto de cada persona en el hogar y difícil es que usurpe el ajeno. En una palabra, el hombre culto como conocedor de sus obligaciones matrimoniales, es el primer guardián de ellas y al mismo tiempo de la familia.

Pero aún hay más. La cultura no solo estriba en conocer las leyes divinas, sino en no ignorar también las humanas. Estas son en muchos casos las implantadoras de aquellas y su ignorancia llevaría consigo la de ambos. Las leyes humanas protegen muchas veces la familia y extienden sobre ella el manto protector de sus fuerzas, y entonces es conveniente su conocimiento para saber el lugar que nos corresponde en la vida, para conocer el género de relaciones a que se nos abre camino.

Pero otras veces esas mismas leyes atacan lo más íntimo del hogar, como cuando promulgan y favorecen el divorcio y en ese caso, no solo es conveniente

su estudio, sino que es obligatorio su conocimiento para poder luchar contra ese enemigo del hogar y aspirar a su destrucción.

Se impone en ese caso el conocer letra a letra el espíritu de la ley para poder atacarla y destruirla en sus bases; y esa misión ¿puede intentarse por alguien que carezca de cultura?

Creemos haber estudiado, siquiera no muy extensamente, pues el espacio es poco y la tesis amplia, a la cultura como uno de los elementos básicos del hogar. Hemos visto cómo facilita el conocimiento de las leyes religiosas y morales y cómo se amolda a las circunstancias, procurando velar siempre por la integridad del hogar. Y al hacer esto, creemos haber cumplido con la totalidad del tema al considerar a la religión, la moral y cultura como elementos básicos del hogar.

Todo cuanto hemos dicho es relativo al hogar en general y como tal, aplicarse a cualquiera en particular, por ejemplo, al español. Y así concluiríamos el trabajo. Pero conceptuamos hacerlo más completo si consideramos la Historia, la influencia de la religión, la moral y la cultura en la historia de nuestra patria, ya que es sabido que cuanto sucede en la sociedad en general es un reflejo y una consecuencia del estado del hogar.

Si dirigimos una mirada retrospectiva a la Historia de nuestra España, veremos cómo ella nos marca cada punto y cada variación del estado de la sociedad en relación con la religiosidad, moralidad y cultura de la familia española. Lo mismo si consideramos la situación de España antes y después del cristianismo, veremos cómo los pueblos hispanos son más poderosos y fuertes cuanto más puros conservan esos tres elementos, pero siempre más fuertes y poderosos cuando se ven iluminados con la fe de Cristo. Siempre el pueblo español se presentó hermanado con esos tres ideales.

Bajo ese impulso encontramos ejemplos de acatamiento o insubordinación conforme, primero los pueblos dominadores y después los gobernantes, se aparten o no del recto camino. ¿Qué otra fuerza sino esa hace a Viriato sublevarse al ver hollado el suelo y hogar ibérico por las inmoralidades del pretor Galba? ¿Qué influencia sujetó al sujeto y a los poderosos ejércitos romanos ante la heroica Numancia, sino el estado de desenfreno de las pasiones de los mismos ejércitos? Y ¿qué ocasionó una violenta represión ordenada por S. Emiliano? ¿De dónde sino de la pureza de sus costumbres y del amor a su religión y hogar, sacaron fuerzas aquellos cántabros que lucharon tenazmente contra las águilas romanas y amedrentaron a Augusto hasta el punto de obligarle a dirigir personalmente la campaña, después de mandar abrir en Roma las inquietantes puertas del templo de Jano?

Si seguimos hoja a hoja nuestra historia, hallaremos continuos ejemplos de esa subordinación. Veremos la caída del impero romano, debilitado por los vicios y desconocedor de sus dioses, por un inmenso número a manos de los bárbaros respetuosos con sus religiones y costumbres, sin que sirviera a sostenerle la sangre de los mártires caídos en alas de su religiosidad; ni sus cadáveres descuartizados expuestos al pueblo y que constituirían la más ardiente protesta contra la corrupción del Imperio.

Contemplemos la pujanza del pueblo visigodo desde que Recaredo abjura el arrianismo en aquel glorioso Concilio de Toledo, y desde que esos mismos Concilios gobiernan al reino con la santidad, moralidad y extensísima cultura de aquellos Isidoros, Leandros, Braulios y demás insignes hombres que, con su asombrosa creencia, iluminaban la Edad Media aún no repuesta del empuje de los bárbaros.

Y seremos testigos de la misma estrepitosa caída del pueblo godo, debilitado por la pérdida de la fe y la corrupción de las costumbres.

Pero aún hay más. Si nos adentramos en los tiempos de la Reconquista, ¿qué impulso guía a Pelayo y a los suyos a oponerse a los muslines? La religión encarnada en la Virgen de Covadonga. ¿Qué fuerza mantiene durante ocho siglos en titánica lucha a los hispanos, destruyendo al pueblo árabe carcomido por los placeres y la indolencia? La religión nuevamente condensada en aquel caballeresco grito de *“Por mi Dios y por mi Patria”*. ¿De qué fuente oculta brota aquel espíritu que abole la servidumbre y opone el derecho de los pueblos, condensando en sus municipios y behetrías a las demoras y abusos de los señores?

¿De qué misterioso influjo surge aquel genio inspirador que plasma en la piedra y en los lienzos aquellas obras tan soberbias, que parecen hechas por mano humana? ¿Qué estro divino guía la pluma de Berceo, primer cantor lírico, y del Rey Sabio con sus dulcísimos Cantigas? ¿Qué celestial soplo anima las preclaras inteligencias de un Granada, una Teresa de Jesús, un Juan de Ávila, un Fray Luis y otros grandes místicos y hace sumergirse en aquellos coloquios tan sublimes al cantor del Carmelo?

La respuesta es siempre la misma: esos hombres insignes, esos preclaros entendimientos, esos aguerridos campeones se crearon al calor del hogar cristiano; se templaron en las luchas de la Cruz; se purificaron en el crisol de la fe y bebieron en la fuente del amor aquellas ideas que hicieron levantar su cultura al nivel de las más florecientes.

Y seguimos penetrando en la Historia y vemos que los misioneros se lanzan a la conversión de las Américas, y sobre los hogares cristianos elevan la pujanza y poderío de un nuevo mundo. Contemplamos cómo Carlos V lucha con la Reforma que atenta contra la familia, admitiendo el divorcio. Surge la

voz potente de Francisco de Vitoria que, en nombre de la religión, reivindica el derecho de los indios contra los atropellos de los dominadores, dando origen al Derecho Internacional que señala un avance importantísimo en la cultura. Y vemos al espíritu cristiano levantar un Escorial y sostener a los valerosos tercios de Flandes guerreando por la Cruz.

Doquier extendemos la vista, encontramos ejemplos parecidos y que no citamos por no extendernos, hasta llegar a aquel sublime levantamiento de la Independencia para defender la integridad de la patria y vengar el hogar hollado por la barbarie del corrompido ejército francés; para después caer aletargados por el mismo espíritu que combatieron, y dormir en la indiferencia mientras se originaban aquellos sucesos que postergaban a España y la hacían perder los últimos restos del imperio colonial, colocándonos en los últimos peldaños de la escala de las nacionalidades.

Hemos visto siquiera sea muy a la ligera, la influencia que la religión, la moral y la cultura han ejercido sobre la familia; influencia que se ha reflejado sobre la sociedad. Y hemos visto a ésta aparecer esplendorosa y grande cuando esos tres elementos eran respetados; la hemos contemplado pujante y poderosa cuando en sus venas corría el vigor de las naturalezas conservadas por las buenas costumbres; y la hemos encontrado sabia cuando el hogar era considerado como la fuente de la inspiración del siglo.

Pero no es eso solo. Si recorremos otra vez la Historia, veremos que esos gloriosos espacios de tiempo y esas empresas gigantescas desaparecen cuando las costumbres se corrompen y el espíritu religioso se pierde. Hallaremos la cultura en un plano bastante inferior cuando el hogar se deshace a impulso de las pasiones desatadas y de las concupiscencias sin freno.

La Historia misma nos muestra esos fenómenos y otros muchos que no hemos de considerar por no extendernos aún más, y de todos ellos deducimos del inmenso influjo que han ejercido la religión, la moral y la cultura como base de los pueblos.

Con todo esto consideramos terminado de considerar muy ligeramente el amplio tema que nos ocupa. Hemos considerado a la religión, a la moral y a la cultura como elementos básicos del hogar español desde los puntos de vista filosófico e histórico, y de ellos deducimos la necesidad grande e imprescindible en que se encuentra la sociedad, de velar por su conservación, ya que los tres puntos considerados son los ejes de la misma.

Que esa conservación de su pureza se verifique en la actual sociedad, es todo a cuanto puede aspirar un católico y un español.

EL FIN JURÍDICO DEL ESTADO Y SU MANIFESTACIÓN HISTÓRICA, MÁS ESPECIALMENTE EN RELACIÓN CON LOS CONCEPTOS DE PENA Y DELITO

LEMA: “NULLA POENA SINE CRIMINE”

9.2.1927

Conocida es, y sin necesidad de demostración, la necesidad en que se encuentra el hombre de vivir en sociedad. No vamos a explicar aquí las razones de esa necesidad ni las muchas teorías que se han creado para ello. Solo vamos a partir del hecho empírico de la constitución de la sociedad que es, según un escritor moderno, *“la reunión de varios seres inteligentes y libres, que juntos cooperan a la consecución de un bien común”*.

En esa reunión de serse se dan dos clases de relaciones: una, entre ellos mismos como consecuencia de su propia personalidad, que se realiza en lo que pudiéramos llamar *vida privada*; y la otra, que nace de esos mismos seres pero como partes de ese todo que es la sociedad y que da origen a la vida pública.

De esta segunda clase de relaciones nacen aquellos principios que regulan la vida entre los componentes de la sociedad y que se encaminan a procurar el bien de los mismos por medio de los preceptos de equidad y justicia.

Las relaciones necesitan una encarnación, una representación, una esfera que recoja las palpitaciones de la sociedad y procure satisfacerlas con arreglo a sus principios. Y esa esfera, esa representación es el Estado. Ahora bien, si por Derecho comprendemos los principios que regulan las relaciones entre los ciudadanos justa y equitativamente, podemos definir al Estado diciendo que es *“la sociedad organizada para establecer el Derecho, cumplirlo y hacerlo cumplir facilitando a la sociedad civil el cumplimiento de su fin”*.

De la anterior definición se desprende fácilmente cuál es el fin jurídico del Estado: el cumplimiento, la realización de ese mismo Derecho que él establece, cumple y hace cumplir.

Pero ahora se nos presenta la primera cuestión del tema: ¿cómo se ha realizado el fin del Estado en los distintos momentos históricos? Difícil es contestar categóricamente a esa pregunta, ya que su misma amplitud parece hacer poco menos que imposible este trabajo en unas cuantas cuartillas. El Estado ha realizado su fin con arreglo a su Derecho y su Derecho ha variado notablemente en los tiempos históricos. En las primeras sociedades dedicadas a la guerra, el Estado cuidaba de la protección de las mismas y su Derecho se encaminaba a velar por la realización de esa protección. Conforme avanza el tiempo y la vida de la sociedad se hace más compleja, vemos al Estado proteger con el Derecho. **(Notas tachadas en el original)**

Y para realizarle se vale de tres poderes, que son: el legislativo, el judicial y ejecutivo. El primero promulga la ley, la prevé, la estudia y la publica, y fija su castigo. El segundo juzga de las transgresiones de la ley, los distintos factores que han intervenido en esa trasgresión, las causas que han podido influirla, bien favorable o desfavorablemente, y por último señal el grado de penalidad que corresponde. Y el tercero relaciona las dos funciones anteriores, estudia sus bases, sus puntos de contacto y de oposición, y ejecuta la pena que recayó sobre el trasgresor.

Pero de estos tres poderes, únicamente vamos a considerar el segundo, es decir, el judicial, pues es el que se refiere al tema.

Hemos dicho que la función del poder judicial se refiere a estudiar la trasgresión de la ley y estimar el grado de culpabilidad que exista en dicha trasgresión. Dos elementos, mejor dicho, dos requisitos se requieren pues para que el poder judicial funcione: 1º que la ley, la norma jurídica, el derecho en una palabra, sea infringido; y 2º que a esa infracción corresponda una sanción como castigo a la falta.

Del hecho primero nace el delito; del segundo la pena. Ahora bien, prescindiendo por ahora de las teorías que estudian intrínsecamente al delito y a la pena, ¿qué conocimiento se ha tenido históricamente de esos dos conceptos? No es tan fácil contestar a esa pregunta, ya que intervienen múltiples causas en la creación de esos conocimientos.

Innato es en el hombre el sentimiento de justicia que le lleva a condenar todo acto que considera como malo. El hombre tiene consigo un conjunto de deberes y correspondientemente de derechos, cuya trasgresión le lleva a aplicar una sanción. De aquí que deduzcamos que el concepto de delito es tan antiguo como el hombre, con él nace y en él se desenvuelve y vive.

Si la razón nos demuestra que ese sentimiento de justicia está en nosotros, la historia de las legislaciones nos presenta más pruebas fehacientes. Sin necesidad de otras, el Código de Hammurabi, el más antiguo que ha llegado a nosotros, nos dice cuál es la misión del príncipe de ese nombre en la tierra, y nos ofrece algunos casos de delito contra las personas, la familia, la religión, etc. Y dejando otros códigos a un lado, encontramos en la India el Código de Manu, que en su libro 9º nos habla de las funciones de los jueces y de las leyes civiles y criminales. Y como estos, otros muchos, lo que nos demuestra que existen una serie de derechos primordiales al hombre y a la sociedad, que han sido garantizados desde los primeros tiempos sin interrupción, a los modernos que continúan garantizándolos.

Pero si en todos los pueblos se ha tenido idea del delito, no todos le han reconocido la misma naturaleza, pues ya dijimos anteriormente, que influyen gran número de causas, tanto internas como externas, y ese concepto ha venido

evolucionando juntamente con las características del pueblo.

En los primeros tiempos, cuando el hombre estaba unido únicamente por los lazos de la sangre y los vínculos religiosos, el delito constituía para ellos una ofensa a la divinidad, un ataque que se dirigía contra el Ser Supremo, principio del bien y de la justicia, que podría, quizás irritado por ese desacato, tomar venganza, no solo en el delincuente, sino en todo el pueblo a que pertenecía; y estimaban como castigos del mismo todas las calamidades que sobre él cayesen.

En esos momentos el delito únicamente se reducía a una relación de dependencia, de subordinación entre el individuo y su Dios; una relación que tenía tanto de adoración como de temor, y que llevaba al pueblo a ejecutar toda clase de sacrificios a fin de aplacar la cólera divina.

Ese concepto del delito se encontraba extendido en todos los pueblos primitivos, como anteriormente dijimos, y en los orientales, cuyas religiones sembradas de principios de venganzas y luchas entre los espíritus del bien y del mal, llevaban a la mente de los creyentes la idea de una venganza del Dios.

Con ligeras variantes de la teoría ligeramente expuesta, continuaron rigiéndose varios pueblos posteriores, en algunos de los cuales se van diferenciando los caracteres del nuevo tipo del delito. Los lazos que unen a los hombres entre sí no son ya solo los de parentesco y religión. Existen otros varios, resultantes de la fijación del pueblo a la tierra y de la organización de la sociedad.

Cuando ésta ya ha progresado y se tiene de ella un concepto que la supone para un fin más elevado que el simple de reproducción y relación, cuando ha alcanzado un grado superior de civilización, todo acto que tienda a impedir o modificar la libre realización de ese fin, todo impulso que parezca desnivelar el equilibrio social, es considerado como un delito contra la sociedad.

Este concepto del delito que se da en aquellos pueblos de organización superior, como Grecia y Roma, tiende a proteger a la sociedad contra todo ataque que se le dirija y defender su integridad. Concepto que está basado en las opiniones de Platón, Aristóteles, Séneca y otros filósofos, así como de algunos ilustres jurisconsultos y que si en sus gérmenes parecía llevar un principio de verdad, derivó después en un abuso de poder del gobernante que, confundiendo y englobando la idea de finalidad jurídica con la de defensa social, le llevó a los mayores atropellos de la justicia, so pretexto de la necesidad de la sociedad.

Pero ese concepto del delito estaba llamado por entonces a desaparecer. Efectivamente, vienen los bárbaros y es derrocada por completo la civilización romana, quedando únicamente subsistente su derecho. Mas los pueblos invasores traían consigo su organización y con ella un concepto del delito distinto del romano.

Los bárbaros, como pueblo casi primitivo por lo menos por costumbres, consideran en parte al delito nuevamente como ataque a la divinidad. Pero no es esa su principal característica: ésta nace de las ideas de honor y propiedad. Siendo como eran pueblos conquistadores, y verificado, después de ocuparlos, el reparto de los territorios y considerándose el honor una cosa primitiva de la sociedad, surge entre ellos un nuevo concepto del delito. Y ese es el daño que se causa al particular ofendido.

Mas, como ese individuo no tiene bienes absolutamente propios, sino que son en común de una familia o tribu o pueblo y su honra va ligada a la sociedad, toda ofensa que se haga a un miembro de la misma es, por consiguiente, considerada como ultraje a la sociedad toda.

Y es aquí, en este momento, cuando aparecen dos modalidades de delito, dos nuevas formas que se habían de apoderar del campo de la penalidad de la Edad Media, fomentada por el feudalismo y que tardaría en ser derrocada por las mismas enseñanzas y doctrinas del cristianismo. Y son: la venganza personal y la venganza familiar.

Por la primera, el ofendido se revuelve contra el ofensor y pausadamente va preparando su venganza que, realizada, tiene todos los aspectos de justicia privada y que carece de los dos elementos primordiales: justicia y bienestar social. Ya consumada la venganza, la cuestión parecería terminada, más no es así.

La familia del primitivo ofensor considera la venganza como una nueva ofensa que se la infiere, y se apresta así mismo a tomársela por su cuenta. Y en ese continuo encadenamiento de agravios y venganzas, en esa lucha de elementos espirituales y materiales en pugna que destruye las familias, consume energías y debilita a la sociedad amenazando su conservación, es cuando nace el concepto calificativo en los tiempos medievales: la perturbación de la paz como consecuencia de esas luchas.

Los escritores contemporáneos concuerdan en reconocer esa cualidad y sus escritos están impregnados de ese principio. “*Los crímenes*, dice Domingo de Soto, *no se han de castigar en la república, según que sean más o menos graves ante Dios, sino según que sean más o menos opuestos a la paz*”.

La teoría anteriormente expuesta dijimos que es la reinante en la Edad Media. Efectivamente, como consecuencia del principio de venganza familiar, el agravio que se infiere a la misma, toma un carácter más general y se transmite a la sociedad que se apresta a satisfacerla con muy distintos nombres corre en dicha Edad. Y tiene su condensación más abusiva, el apogeo de su aplicación, en las premisas que Maquiavelo sentó en su “*Príncipe*” y que fueron aplicadas en la práctica, basadas en el siguiente silogismo: “*El delito va contra la paz de la sociedad. La paz de la sociedad y su bienestar*”.

deben mantenerse por cualquier medio. Es así que el Príncipe dirige la sociedad que considera como propia. Luego el Príncipe puede recurrir a cualquier medio para conservar la paz". Ese principio que se deduce de Maquiavelo es conocido también con el nombre de "*razón de Estado*", y su invocación en los instantes supremos sirvió para querer justificar ciertos actos que, bajo pretexto de castigar un delito que se dirigía contra la paz, ocultó los ideales más ambiciosos y permitió la entrada de la política en el campo penalista.

A continuación se impone el criterio escolástico, que ya existía al compás de la teoría anterior, que considera al delito como la infracción de la norma jurídica y que, partiendo del principio del libre albedrío, considera al delincuente como autor voluntario de la infracción del derecho y por tanto, obligado a repararle.

A esta teoría que domina durante los siglos XV al XVIII, como consecuencia de las ideas contractuales de la Revolución Francesa y de otras posteriores como la evolucionista, naturalista, racionalista, etc. y al desarrollo de algunos estudios como los medicinales y biológicos, se oponen otras varias que, partiendo de las obras de Beccaria, no consideran al hombre en posesión del libre albedrío, sino que le estiman como una consecuencia de sus antepasados o influenciado y modificado por el medio o ambiente social en que vive y en ambos casos irresponsable.

Esas teorías son la del antropologismo y la sociología criminal. La primera, es decir, la antropológica, considera al delincuente desde el punto de vista de la herencia biológica y le supone comprendido en un tipo determinado de persona con caracteres fijos y precisos y que, impulsado por los instintos que le han sido transmitidos, realiza el delito.

Enfocada la cuestión bajo ese punto de vista, el delincuente que comete el delito en virtud de fuerzas ajenas a él mismo, es un irresponsable, un anormal que ha recibido en su ser todas las lacras de sus antepasados que le dirigen. A un hombre en esas condiciones no puede exigírsele que ejecute un acto por iniciativa propia, porque sus antecedentes biológicos no se lo permitirán y él solo no podría vencer esa opresión, ya que no tiene libre albedrío.

Y es ahí donde precisamente radica el error fundamental de la teoría antropológica: en negar el libre albedrío al hombre, convirtiéndole simplemente en un autómatas sin idea ni iniciativa propia. Pero aún hay más, ese tipo criminal de cuya existencia nos hablan los antropólogos, no aparece ni sus propios defensores le señalan. Ciertamente que se han hecho, principalmente por Lambroso, gran número de estudios en los criminales, pero no menos cierto que ha sido imposible encontrar un solo rasgo característico de cada clase de criminal. Y se daba el peregrino caso de que, después de efectuadas todas las experiencias y

fijado un tipo, había persona honrada que tenía los mismos rasgos fisonómicos o coincidía en otros detalles. Y en cambio, existían criminales convictos y confesos que no tenían ningún rasgo coincidente. Hoy la teoría antropológica está desechada en la ciencia.

En cuanto a la teoría sociológica, estudia al delincuente como componente, como miembro de la sociedad y le considera influenciado por la misma. Esa teoría estudia al hombre, sujeto desde niño a todos los peligros que la sociedad tiene y a los cuales no puede sustraerse; desde su infancia está expuesto al ejemplo que le muestran los demás hombres y a los que está predispuesto por virtud de la herencia.

El alcoholismo, la disminución del sentimiento religioso, la falta de cultura intelectual, el estado económico, la carencia de trabajo, etc. son entre otros muchos, los que influyen sobre el individuo y le pervierten hasta ser una persona peligrosa para la sociedad.

Tampoco, según esta teoría, es responsable el delincuente de sus actos, ya que no pudo oponerse a ellos por carecer del libre albedrío. El culpable no es él, es la sociedad que puso en su camino peligros que pudieran hacerle caer y perderse. Es la sociedad que no le guió o apartó esos peligros de su paso. Luego si la sociedad es la culpable, aténgase a los actos de los delincuentes por su causa.

Esta teoría, de igual modo que la anterior, se basa en la negación del libre albedrío, pero como la existencia de este está en el hombre por naturaleza, ya que está dotado de inteligencia y libertad para conducir sus actos, de aquí que le falten sus bases y sea desechada en sus principios.

Ciertos son los peligros que señala en el transcurso de la vida y la influencia que pueden ejercer sobre el ánimo del hombre, pero no hemos de perder de vista que éste es libre para, conocido ya un camino y sus ventajas y oposiciones, decidir en consecuencia.

Esa es la tendencia tradicional de la Iglesia y es la hoy imperante en la ciencia penalista. El hombre es libre para realizar sus actos, verificar un delito, luego solo él es el responsable. Que puedan existir otras causas que influyan o hayan influido y en qué grado lo han hecho, eso ya no es de este lugar. Aquí solo estudiamos lo que se respecta al carácter propiamente del delito, y este es, según las teorías modernas, considerado como *“la infracción voluntaria del principio jurídico”*.

Hemos, pues, examinado el desenvolvimiento histórico, el primer requisito necesario para que el poder judicial funcione defendiendo el fin jurídico del Estado. Ahora según vemos el mismo procedimiento con el segundo requisito: que a la infracción de la ley siga su castigo, es decir, que

exista una pena. Principio que se encuentra condensado en el aforismo latino “*nulla poena sine crimine*”.

Todo delito supone la trasgresión de una ley, la conculcación del Derecho, y es necesario que ese Derecho sea restablecido imponiendo al trasgresor un mal, el de la pena, que borra otro mal, el del delito. Principio ha sido el anterior admitido por todas las legislaciones, ya que en la naturaleza humana va impreso el ideal de justicia, que tiende a castigar todo hecho delictivo.

Las primeras legislaciones nos hablan ya de la pena: Código de Hammurabi nos ofrece varios preceptos penando algunos delitos, y el mismo Código de Manu, por solo citar los hechos anteriormente, en los libros 8 y 9, nos muestra igualmente la existencia de la idea de pena. Asociadas van siempre las ideas de delito y de pena, hasta el punto de presuponer la una cuando se menciona a la otra. Y por eso doquiera que encontremos una teoría, un concepto del delito, encontraremos igualmente pareja la teoría o el concepto de pena.

¿Cuál ha sido, pues, entonces, el proceso histórico que ha seguido la pena hasta llegar al concepto que hoy se tiene de ella? Enteramente el mismo que siguió el delito y como una consecuencia suya.

En los tiempos primitivos, cuando se consideraba al delito como una ofensa a la divinidad, la pena tenía el carácter de reparación, de desagravio que la sociedad a la que pertenecía el culpable hacía a sus dioses para aplacar sus iras. Se presenta entonces con una fisonomía especial, ya que considera al hombre tan estrechamente ligado por sus actos a Dios. De aquí que, considerando la relación que establecían entre la divinidad y la sociedad y asociando ese acto de desagravio o los otros que se le tributaban, equiparasen el acto de penar a los otros y le convirtiesen en un sacrificio más que tenía todos los caracteres brutales de aquellos tiempos: el sacrificio humano.

Sigue la pena el mismo proceso de evolución que el delito y cuando éste es considerado como un ataque contra la sociedad, la pena ya perdió su carácter primitivo y adquirió una nueva modalidad.

La falta, la trasgresión de ley va en contra de la seguridad de la sociedad, luego suprimiendo o alejando al delincuente de ésta, el peligro está acabado. Y bajo los influjos de ese razonamiento, o se da muerte al culpable sin tener el carácter de sacrificio sino el de expiación, o se le confina a lejanas tierras donde viva casi abandonado, o se le encierra en malsanas cárceles. Tal es el carácter de la pena en Grecia y Roma

Vienen los bárbaros y junto con su peculiar organización, traen los nuevos conceptos de delito y pena. Ya vimos cómo consideraban al primero y cómo se le dividía en dos modalidades: la venganza personal y la venganza familiar. En esos dos aspectos se presenta tan íntimamente ligado el delito y la pena, que si es fácil señalar objetivamente cuándo se da cada uno de ellos, es difícil precisar su subjetividad. El hombre que toma venganza de un acto ofensivo que se le hizo, castiga, pena ese acto delictivo; pero al mismo tiempo realiza un nuevo delito al tomar venganza, y así sucesivamente.

Para la cuestión al grupo familiar y el mismo fenómeno, se verifica originándose una serie de encadenamientos de delitos y penas, favorecidos y casi impulsados por la carencia de una autoridad y al amparo del feudalismo.

Después cuando el feudalismo pierde su carácter y se asienta el principio de las nacionalidades restableciéndose el de autoridad, desaparece el doble aspecto de la venganza, para ser sustituida por la justicia pública que, estimando al delito como una perturbación de la paz, procura prescindir de todo cuanto a ella se apoya y se emplea la pena al modo de Roma, aumentando su severidad, ya que aplica más frecuentemente el tormento como medio de hacer prestar una declaración al acusado; y que éste presta, a veces falsamente, obligado por el sufrimiento a conformidad del ejecutor.

Inútilmente el cristianismo alza su voz para impedir el tormento del reo y para sujetar los abusos de algunos gobernantes, que convierten la pena en una ruina política. En vano clama la Iglesia defendiendo los derechos del acusado e instituyendo la prueba judicial, el derecho de asilo y otras benéficas instituciones. En balde condenan los más eminentes teólogos y moralistas ese sistema de penar. Todo inútil. La voluntad del gobernante y la defensa de la sociedad, según el concepto entonces reinante, se sobreponen a los dictados de la conciencia y a los principios de justicia, "*salus populi suprema lex est*".

Pero si las enseñanzas del cristianismo fueron desatendidas, ya en la Edad Moderna comienza a imponerse y a cambiar el sistema penalista, hasta haberlo hecho evolucionar grandemente al advenimiento de la Revolución Francesa. Poco antes y bajo el influjo de las doctrinas contractualistas, César Beccaria da un nuevo rumbo al estudio de la pena, de la que hacía una severa crítica y a la que procuraba suavizar en nombre de la dignidad humana. A partir de este momento, la ciencia penalista toma un nuevo derrotero y la pena, de la misma manera que el delito y bajo la influencia de las ideas evolucionistas, racionalistas, etc. adquiere un nuevo carácter. Hasta este momento, todas las maneras de penar han tendido a castigar al culpable como medio de reparar el fin social conculcado. Han tratado de atemorizar con sus múltiples facetas, el ánimo de los hombres para impedir cometiesen de nuevo un delito; han tratado, en una palabra, de reprimir el delito castigando sus raíces (a sus autores: texto escrito a máquina).

Pero desde la aparición de las doctrinas antes indicadas y al calor de las cuales, dijimos, nacieron las teorías de la antropología y sociología criminal en el estudio del delito, el concepto del derecho de penar cambia profundamente. Según esas teorías, el hombre no es responsable de sus actos, pues o ha obrado influido y obligado por la ley de herencia, o ha delinquido por culpa de la sociedad que le pervirtió. Luego entonces, no se le debe castigar, no se deben reprimir los delitos porque esa represión no vencería la influencia de esos factores extraños; se debe educar al delincuente, debe procurársele los medios de cura o de regeneración, debe prestársele toda clase de auxilios para que se libre de todo ese conjunto de lacras, que sus antepasados o la sociedad le entregaron para, ya purificado, realizar su fin y no cometer más delitos. En una palabra, se deben recurrir a todos cuantos medios se tengan al alcance y educar al hombre y prevenir el delito.

He ahí los dos grupos de teorías que han ocupado el terreno de la pena y aún hoy se lo disputan: las teorías represivas y las preventivas. ¿Cuál de ellas debe predominar? Cuestión es ésta muy compleja y cuyo estudio, a más de no ser de este lugar, ocuparía demasiado espacio y por eso no lo hacemos. Ambas tienen sus ventajas y también sus inconvenientes, por eso creemos, admitimos mejor, la existencia de la teoría mixta que ve en la pena los dos aspectos: el represivo porque se dirige contra el delincuente que infringió el Derecho y tiende a restablecerle haciendo recaer la pena sobre el perturbador, y el preventivo porque enseña al criminal que el Derecho debe ser respetado y a los demás ciudadanos les sirve de enseñanza el castigo ajeno, sirviéndoles de advertencia.

Este criterio mixto de la pena, de represión y prevención, salvo el estudio de las causas que hayan podido influir en el delincuente, basado en la existencia del libre albedrío, principio universalmente admitido, es el predominante en el Derecho penal moderno.

EL PAPADO ANTE LA JUVENTUD

Sin fecha

Señoras y señores:

No intento haceros mi presentación porque para ello es necesario un nombre, unos títulos cuya sola posesión sea para el auditorio la garantía de algo que pueda interesarle. Nada soy, nada puedo ofreceros; nada, por consiguiente, podéis esperar de mí.

Con tan pobre bagaje aquí estoy. El cariño de un profesor me ofreció ocasión de ello; el temor a desairarle impidió una negativa, una inmensa osadía puso lo demás. Pero en ella, no pude prever este difícil momento, ni calcular las consecuencias de mi decisión. Estoy sobrecogido, pesa sobre mi ánimo la calidad del auditorio y la sombra augusta del Romano Pontífice, bajo cuyos auspicios realizo mis primeras armas oratorias.

Porque ése es otro de mis temores más fundados, el tener que tomar parte en un acto público de esta solemnidad, cuando ningún otro me ha servido de ensayo. Pero no es esta ocasión de disculpas ni titubeos; el solo hecho de mi presencia indica una decisión y hay que mantenerla. Que ¿es la primera vez? No importa. La audacia siempre ayudó a sus partidarios y el probar fortuna es cosa que deben realizar todos los mortales. Después de todo, en nada os puedo defraudar pues nada os he ofrecido, ni títulos, ni nombre y de un atrevido fracasado, ¿quién se acuerda?

Dije anteriormente que estos son mis primeros balbuceos oratorios y que tengo la fortuna de realizarlos llevando de padrino al Romano Pontífice. Deber de cortesía y reconocimiento es rendir mi homenaje a tan excelso patrono y hacer protesta de mi subordinación y acatamiento a cuanto de él dimana, por ostentar la más augusta representación que pudo soñar la mente humana. Para él, pues, mi más puro testimonio de amor y vasallaje.

Se ha dicho, no recuerdo quién, que si la ancianidad se alimenta de recuerdos y la madurez de realidades, la juventud se nutre de ilusión. Todo en ella convida a soñar: la paz del espíritu, la tranquilidad de la conciencia, el cómodo y fácil ambiente en que se desenvuelve, los suaves estremecimientos de una vida que comienza a vivir.

Lleno el corazón de ansiedades y la mente de esperanzas, el ser todo irradia generosidad y desprendimiento. Si alguien se lanza a descabelladas empresas, es la juventud; si alguien no medita la trascendencia de sus actos purificándolos con el romanticismo de sus idealidades, es la juventud; si alguien ofrece siempre la generosa barrera de su espíritu, aunque sucumba en la lucha, es la juventud. Qué más que si algún hombre realiza un acto extraordinario, se le dice que tiene el espíritu juvenil.

Pero precisamente en esas condiciones se encierra su mayor peligro. Abierto el pecho a todas las corrientes, éstas se van amontonando en él para formar un sedimento que jugará papel importantísimo en la vida. Aún cuando no parezcan herir siquiera la sensibilidad, esas impresiones se gravan indeleblemente en las almas vírgenes para ser las motrices de nuestros propios actos.

Las reservas a que echa mano el corazón cuando las pasiones combaten incesantemente a nuestro espíritu y cuando el corazón recurre a esas reservas,

es porque la situación es difícil y el horizonte no es despejado. Y entonces, no creáis que el peligro está salvado y la situación conjurada, todo lo contrario. Entonces es cuando el espíritu amenaza ruina porque esas ideas formadas por aluvión no tienen consistencias, ni ese amasijo de sentimientos y generosidades tiene trabazón.

No esperéis que de un sedimento de ideales opuestos muchas veces, salga una idea fecunda, pues eso representaría el triunfo de un principio que ha tenido que luchar con otros en el fondo de la conciencia, y que requiere un proceso intelectual que rara vez se da en la juventud por carecer de base para ello. La juventud es impetuosa y escoge la decisión fácil y hacedera a la engendrada en la soledad y quietud del estudio, lleno de recompensas pero cuajado de desvelos y sudores. Y cuando éste no proporciona a la inteligencia las armas necesarias para afrontar las luchas de la existencia y no rige nuestros actos un principio ordenador que se imponga a las sublevaciones de la imaginación, trazando la ruta que conduce al ideal, las consecuencias no pueden ser más funestas. Vienen las vacilaciones, los titubeos, el recurrir a esa reserva de que antes hablaba y como no se encuentra solución porque no se alcanza a prever las finalidades en esa lucha entre la inteligencia y el sentimiento, debe éste vencer por lo que tiene de espontáneo y sugestivo.

Por eso la juventud es impulsiva, por eso la vemos militar en cualquier nueva bandería, por eso la encontramos en las más descabelladas empresas, como la vemos servir de pedestal para las más sublimes cruzadas.

La juventud es generosa, es cierto, pero la juventud es ignorante. Falta en ella ese freno del alma que es la experiencia; carece de la prudencia y serenidad que proporciona el estudio y como es ignorante, no puede distribuir adecuadamente sus energías.

Necesita maestros, necesita directores, reclama quien la ayude a descifrar los arcanos de la vida y a sobrellevar sus sinsabores. Alguien que guíe sus primeros pasos y temple sus impulsos, corrigiendo los descarríos. Necesita una autoridad, en suma, y esa autoridad, no hay que negarlo, se condensa por excelencia en el Papa.

La autoridad para ser eficaz necesita prestigio, independencia, sabiduría, desinterés. Tiene que ser legítimamente constituida, acatada por sus súbditos, incansable en la felicidad de estos, recta en la promulgación de sus leyes y maestra en el arte de gobernar. Todos estos requisitos convergen, cual en ningún otro poder, en el Papado.

¿Prestigio? Veinte siglos de existencia de ello dan testimonio.
¿Independencia? No lo veréis doblegarse ante ningún poder humano.
¿Sabiduría? Una vida dedicada al estudio es la senda que a él conduce y en el

mismo crisol se fundieron sus consejeros. ¿Desinterés? Le veréis acudir a todas las necesidades. ¿Constitución legítima? Dios mismo puso la piedra angular de sus sillares. ¿Rectitud al legislar? Ahí está su derecho que influyó poderosamente en la evolución del mismo, humanizando el romano. ¿Maestra en el gobierno? Su historia es la lucha contra mil sectas que pretendieron aniquilarla, triunfando de todas.

Y es que el Papado es la autoridad por excelencia, por ser la cristalización de lo más sublime que hizo Dios con el barro humano.

Por eso, hoy que veo beber a la juventud en todas las fuentes, hacerse eco de todas las inquietudes, querer influir en los destinos del mundo con todo su cargamento de espontaneidades generosas y de ignorancias; en que la veo discutir todas las teorías, aún las más inasequibles para ella, y negar todos los principios y desacatar todas las potestades y aspirar a remover todos los cimientos del edificio social. Que la oigo apagar con sus carcajadas los dictados de la experiencia, los aldabonazos de los remordimientos, las advertencias de la inteligencia y los estremecimientos del instinto de conservación, no puedo menos de volver la vista a esa potestad augusta que, en medio de esa liquidación de fantasmas o valores que es la sociedad de hoy, permanece impasible con una sonrisa bondadosa y triste y, extendiendo al mundo el código de sus principios que es el mismo que tuvo a Dios por su promulgación. Pero es que la juventud, nos ha dicho un teorizante moderno, tiene que ser rebelde. Duro es el vocablo porque en la palabra rebeldía parece palpar algo de extralegal; pero aún admitiéndolo, ¿quién más santamente rebelde que la doctrina cristiana? ¿Quién ofrece en la historia de las civilizaciones rebeldía más audaz y con más aspiraciones que el cristianismo, frente a la civilización de su mundo contemporáneo? ¿Qué institución cuenta en su haber transformación mayor que la realizada por la Iglesia en el mundo de las costumbres y las ideas? ¿Qué personalidad encarna ese movimiento y asume la dirección y responsabilidad de una doctrina perseguida y que pronto se extendería a todos los ángulos del Universo, sino el Papado? ¿Quién si no el Papa es el sillar inmutable contra el que se estrellan las maquinaciones de la soberbia y de la ambición?

¿Quién ofrece continuidad tan sorprendente como la renovación del Pontificado? ¿Quién mantiene frente a todos los poderes y potestades la inmutabilidad de una doctrina que se quiso destruir en todas las edades y que vio conciliada contra ella a todas las creencias y a todos los intereses creados? ¿Queréis ejemplo más gráfico de lo que es la rebeldía y de cómo se hace una rebeldía?

Y es interesante conocer los medios con que inició la rebeldía. No fue la suya producto de una conspiración ni de la fuerza de las armas, la suya se produjo en el campo de las ideas y por medios pacíficos. Desterrada la violencia

de su código y declarada la sumisión a los poderes constituidos, su acción se dirigió a la inteligencia y al corazón y sin más armas que el ardor y la caridad, sin más auxilio que el divino y sin más esperanza de recompensa que una en la otra vida, comenzó la rebeldía más tenaz que se registra. Porque no cedió ante las persecuciones, ni se doblegó a los halagos, ni se desgastó con el transcurso de las centurias.

¡Rebeldía! ¡Rebeldía! ¿Existe, acaso, alguna otra que no haya vertido otra sangre que la de sus mártires, ni haya hecho otras conquistas que las de la Cruz, ni amasara su existencia con otros materiales que la paciencia, el trabajo y la oración? Esa es la verdadera rebeldía, la que se hace contra la injusticia, contra la sin razón, contra la tiranía; pero que se hace por medios pacíficos, con la fuerza de la verdad, con la potencia de las ideas, con el empleo, en suma, de la inteligencia que es de lo que Dios nos dotó para diferenciarnos de los irracionales, a quienes en compensación colmó de fuerza.

Frente a toda esa corriente moderna que hoy parece arrastrar a la juventud, frente a esas sugerencias de rebeldía con que se nos quiere atraer, frente a esas autoridades de nuevo cuño que se cimientan en la negación de toda autoridad, no encuentro más asidero que el Romano Pontífice. No conozco más rebeldía que la de la Iglesia, no acato más autoridad que la del Papa. Y es, señores, que la sociedad no puede subsistir sin un ordenamiento que reconozca una autoridad, porque negada ésta vendría el imperio de las pasiones y triunfaría el derecho de la fuerza. No es posible una colectividad sin una norma que salvaguarde y haga respetar los derechos mutuos; no se da en el mundo natural y filosófico una organización cuyo funcionamiento no esté supeditado a ciertos principios que la rigen como leyes fundamentales. Por donde quiera que se extienda la vista, encontramos la autoridad, ya sea en el orden social, por las necesidades de la vida de subordinación; ya sea en el intelectual, por la diferencia de capacidades y aptitudes; ya en el animal, por la imposición del fuerte; y no se da su desaparición sin determinadas condiciones para ser sustituida por otra autoridad que venga a encarnar el principio inmutable de la sociedad.

Para justificar una rebeldía y combatir una autoridad, es necesaria que la que ya exista se tambalee por sus propios abusos y debilidades y que las fuerzas que la combatan sean mejores que ella, ofreciendo una solución racional; pues de lo contrario, caeríamos por la inercia de los acontecimientos en el caos más absoluto del que solo medidas extraordinarias y anormales podrían salvarnos. ¿Y reúnen esas condiciones los idearios de quienes piden una juventud rebelde? Ni las ideas que se nos ofrecen son mejores, si es que muchas veces existen, ni por nadie se nos presenta un programa definido y concreto. No, lo primero porque en la doctrina católica residen los principios fundamentales de la vida y de los cuales han arrancado, aunque tergiversados a menudo, todas las teorías. No, lo segundo porque no se nos indica el ideal por el que hemos de combatir

ni se nos dice la finalidad que se persigue. Solo se incita a la rebeldía, al movimiento, pero no se dice qué es lo que hay que derrocar, qué es lo que hay que respetar, y qué es lo que hay que construir. Solo se hace crítica negativa y con crítica negativa no es posible elevar un sistema social, sustituyendo a otro que se dice desgastado.

Y no olvidemos, por otra parte, las consecuencias de educar a la juventud en ese ambiente, porque si ésta contribuye a derribar los principios que al alborear de la vida tuvo por incontrovertibles, no ha de respetar a aquellos de quienes fue aliada cuando estos no vengán a colmar los sueños que una romántica imaginación juvenil incubara.

No otra afirmación se desprende del estudio de los movimientos ideológicos, en que sus directores fueron arrollados por aquellos mismo en quienes se apoyaron y que elevaron a la exageración, las teorías que les sirvieron de base. Axioma fundamental de la filosofía de la Historia es aquel de que los movimientos se saben donde comienzan, pero no donde concluyen.

Por eso, en los actuales tiempos de agitación y de inquietudes, en que el desasosiego reina en los espíritus y la intranquilidad en las colectividades, en que los jóvenes en alas de un modismo o de la soberbia creen saber todo sin estudiar y sin reflexionar, creyendo desempeñar un papel importante, cuando solo se tiene el triste de comparsas (**tachado en el original**), se impone volver la vista a quien combate con el amor y las ideas y se levanta frente a los pujantes nacionalismos en nombre de la paz. Por eso es preciso que la juventud, tan desorientada, encuentre un principio ordenador y acate la autoridad del Papado, dejándose guiar por la experiencia y sabiduría de sus representantes. Que la impetuosidad juvenil halle un freno en la serenidad del Supremo Jerarca, que su ignorancia se deje iluminar por las enseñanzas de aquel, que sus pasiones se detengan ante la vista del que todo es mansedumbre y si en momentos tristes y amargos se apodera la desorientación de espíritu, si ante nuestro ideario se cruzan teorías revestidas con máscara de brillantes sofismas y ante el falso fulgor suyo se rinde abatida la inteligencia, desorientada por los razonamientos contrarios, no vacilemos.

Elevémosle corazón, hagamos renacer la esperanza, dejemos rienda suelta a esa ilusión que es la gala más preciada de la juventud y prestemos oído atento a la voz del Papado, porque allí vela Dios para impedir que se pierdan las almas que redimió a costa de su Sangre.

HE DICHO

APUNTES

- Señoras, señores: No intento haceros mi presentación
- Dije anteriormente que estos son mis....
- Se ha dicho, no recuerdo por quién....
- Pero precisamente en esas características....
- La juventud es generosa, sí es cierto....
- La autoridad para ser eficaz necesita....
- ¿Prestigio? Veinte siglos de....
- Por eso, cuando hoy veo....
- Pero es que la juventud nos ha dicho....
- Frente a toda esa corriente moderna....
- Y es, señores, que la sociedad no puede....
- Por eso, en estos tiempos de agitación....

GIRASOLES

Cuaderno de notas

(Sin fecha)

Hasta hace poco tiempo se ha tenido por inconcuso que el hombre era hijo de sus propios actos. Éstos iban tejiendo a su alrededor una malla, una norma que restringía su libertad poco a poco, hasta convertirle en prisionero de su pasado. Al llegar a cierta edad, ya el hombre se debía a sí mismo y a la sociedad. Su conducta se ajustaba a un patrón y sus decisiones dábanse por seguras, apenas conocidas las premisas.

Ha habido excepciones. Siempre las hubo. Excepción ha sido el genio, rompiendo las leyes de su época, como lo es el estulto con su indeferencia versátil, o el truhán con su conveniencia calculada. Genios no han existido muchos, los estultos abundaron, los truhanes se perpetuaron. Pero siempre fueron excepciones.

Mas la regla general, la de los hombres esclavos de su propia historia, ha ido teniendo en los últimos años tal número de excepciones, que no sabemos si España es una legión de genios, de estultos o de truhanes. ¿A qué ha sido debido ello? No se sabe.

España, soñamos un día, era una inmensa tolvana donde fuimos introducidos todos. Allí nos mezclaron a grandes y a chicos, a listos y a torpes, a seres sin historia y a otros con ella, aunque así les pese. Alguien hizo girar el manubrio y la semilla se extendió pro el suelo hispano. Al poco tiempo hubo flores con unan coronita en su cáliz; otras con un gorrito frigio y casi

asfixiándolas; multitud que se apretaban entre sí sin distinguirse apenas. Lució el sol de la Monarquía y éstas últimas lucieron la coronita, no de un modo muy ostensible, pero la lucieron. Giró el sol en el horizonte, traspuso la línea divisoria y al amanecer de cierto día, fue de la República. Hubo extrañeza, indecisión, pero como este sol ahora era el que calentaba las coronas, desaparecieron en gran número y los gorritos frigos aumentaron. Avanzó el nuevo astro y las plantas siguieron su curso dándole la cara. Como el girasol.

Pero del fondo del suelo salía un hedor nauseabundo, podrido, de estiércol. ¿Es qué han vuelto los tiempos bíblicos de los sueños proféticos? No parecía algo infantil que en los días en que una hipótesis resuelve todos los problemas, nos sintiéramos profetas. La Psicología ha venido a deshacer la belleza de los ensueños. Lo sobrenatural no existe. Todo fenómeno tiene sus causas y esa pesadilla nuestra se debía indudablemente a la realidad. la realidad se impone siempre.

Y en este caso la hipótesis tuvo su cumplimiento. Muchos hombres han torcido el curso de su vida. Otros, la han creado nueva. Bien hayan estos. Pero, ¿y los otros? ¿Qué ha sido de su historia, de sus actos propios, de su conducta anterior? La regla general de ayer, ¿es la excepción de hoy, o continúa siéndolo? ¿Somos hombres de historia o genios o estultos o truhanes?

No acertamos a resolver la incógnita. Pero helecho es que muchos hombres han cambiado la corona por el gorro frigio. A alguno le sienta muy mal, pero no importa. Salió el sol de la República y sus rayos son los que ahora calientan. Muchas vidas acompasan su ritmo nuevo al girar del astro en el horizonte. Como el girasol.

Pero, como en el campo de girasoles sale también un hedor nauseabundo, podrido, de estiércol. (Cuchicheos)

LA EUCARISTÍA

(Sin fecha)

Siendo el sacramento de la Eucaristía el más augusto de los sacramentos, pues recibimos con él al mismo Dios, se necesita una intensísima preparación y un estado tal de pureza, que nuestro pecho sea un albergue digno de tan divino visitante.

Ahora, es necesario saber qué medios, qué caminos nos han de llevar a esa preparación tan importante.

Estando los hombres, por causa cuyo estudio no es de este lugar, alejados de la práctica de la Comunión y necesitando en grado sumo quien les aliente y conforte en sus ratos de desaliento, quien les conceda la resignación y paciencia cristianas suficientes para sobrellevar las cargas de esta vida, nada mejor que llevarlas ante ese sublime manantial de vida a través de las causas que pudieran influirles en sentido opuesto. Y esa labor puede hacerse en la casa, en la iglesia, en la familia, en nombre del cariño, de la amistad, de los consejos de los superiores, desde el púlpito, desde la prensa católica, tras las amistosas palabras, de una conversación.

¿Cómo? Sabiendo llevar el ánimo del hermano, marido, amigo, penitente, el convencimiento de la necesidad de esa práctica, sabiendo hacer vibrar esas sensibles fibras del corazón que nunca mueren por muy endurecido que se encuentre. Seguir un trabajo de zapa lento pero seguro y constante, de modo que se le vaya inclinando hacia esa idea sin que el mundano amor propio se levante al recordar sus antiguas convicciones. Sufrir con humildad los intempestivos arranques y contestaciones que os pueda dar, pues no son más que los últimos esfuerzos de Satanás que se debate al verse arrobar un alma. Hablarles, no con tono autoritario y déspota, como sintiéndonos superior a él, pues en este caso su amor propio se exaltaría, deshaciendo el trabajo anterior. Debe hablárseles con suavidad, con cariño, con la paciencia propia del que quiere salvar a la persona amada de un difícil peligro. Debe pedirse a Dios auxilio y fuerzas cuando la lucha es dura, por medio de oraciones y sobre todo, practicando nosotros la Sagrada Comunión en la que pidamos por ellos, pues no hay nada que aliente más que el ejemplo decidido y valiente del que desafía insanos prejuicios.

¿Cuándo? El principio de esa preparación nadie mejor puede saberlo que el que se imponga esa misión, y variando mucho el estado de ánimo de cada individuo hacia la Comunión Pascual, debe irsele preparando con algún tiempo de antelación a fin de que a su debido tiempo, estén convenientemente preparados. Eso a los más propicios.

En cuanto a los más recalcitrantes, se les debe ir preparando poco a poco, con mucho tiempo por delante y si llegado el periodo de la Comunión Pascual, no estuviesen todavía preparados, no desmayar, continuar durante el año siguiente la misma labor con la seguridad de alcanzar nuestro fin con la ayuda de Dios.

¿Quién debe disponerlos? La contestación a esta última parte del tema se desprende fácilmente del primer punto tratado. Deben disponerlos, en general, todas cuantas personas animadas de un ardiente espíritu cristiano puedan hacerlo. Pero nadie mejor que la mujer en su casa y el sacerdote en el púlpito. Esos son los elementos que más deben jugar en esa santa empresa eucarística. La mujer suplicando al marido, enterneciéndole con sus lágrimas, arrullándole

con sus oraciones. La mujer debe disponer a sus hijos para tal práctica desde chiquitines, enseñándoles a amar el divino sacramento de la Eucaristía, procurando la mayor asiduidad posible a todas las personas de su familia; dando ejemplo con sus actos. ¡Demasiado conocemos el poder de una mujer sobre el corazón de los suyos!

Educándolos, amándolos, consolando sus penas, aconsejándolos en tristes momentos de amargura, la mujer hace suyo el corazón de los demás. Y ¿se puede dudar del influjo de la mujer cristiana en un corazón rendido de amor? Jamás. Ese corazón es suyo, ese corazón es una flor que se la ofrenda en premio de sus amores y desvelos, y esa mujer lleva a ese corazón al logro de sus deseos. ¿Y cuál es el fin de esa inmensa conquista? Para la mujer cristiana no hay otra meta que la Divina Eucaristía, fuente de vida y de sabiduría. Esa es la influencia que puede ejercer la mujer en su casa; ese es el brillantísimo papel que la encargó Dios al ponerla a nuestro lado: hacer el bien para los suyos, buscar su salvación y con ello la propia, pues ya dijo San Agustín: *“Quien salva un alma tiene ya salvada la suya”*.

En cuanto a la influencia que el sacerdote puede ejercer desde el púlpito o desde cualquier otro lugar de su sagrado ministerio, es un tema que se trata en la acción de los mismos y por tanto, no soy el llamado a inquirirlo.

Conclusiones

1º Cómo se debe disponerlos:

Con ruegos, súplicas, consejos, llevando a su ánimo el pleno convencimiento de la necesidad de la Comunión; con oraciones y sobre todo, con el vivo ejemplo de nutridas comuniones generales donde el hombre vaya perdiendo sus mundanos temores.

2º Cuándo se debe disponerlos:

Estableciendo la división de propicios y no propicios, debe dejarse el tiempo de su preparación a juicio de las personas encargadas de ello.

3º Quién debe disponerlos:

La mujer en sus diversos aspectos de esposa, madre, hermana y consejera, inflamada siempre en santo amor a Jesús Sacramentado, y el sacerdote en todos los aspectos de su misión sacerdotal.

PRIMERA MISA DEL COMPAÑERO UMBRÍA

(Sin fecha)

Queréis que hable, y no sé negarme a ello, no tenía pensamiento de hacerlo porque las sugerencias de las fiestas, como la que hoy celebramos, más dado soy a paladearlas íntimamente y a recrearme en su sabor, que a exteriorizarla con palabras que jamás llegarían a expresar cuanto siento.

Por otra parte, las circunstancias son poco a propósito. La abundante comida, los vapores de la digestión son capaces de mellar cualquier inteligencia, pero como también tenemos aquí lo que anima y decide a los irresolutos, a más del saber que estamos en familia, voy a deciros dos palabras:

Estamos celebrando (festejando) la primera Misa de un compañero de colegio, que tiene la inmensa dicha de figurar en la escogida legión de los ministros del Señor. Sobre toda la inmensa muchedumbre de chiquillos que desfilamos bajo los pórticos del colegio. Umbría, es el segundo en quien Dios puso con complacencia sus ojos y lo elevó a sí.

No sería tan mala la tierra talaverana cuando en tan poco tiempo, dio tan ópimo fruto; no sería tan malos artificios los que educaron al chicuelo y lo han transformado en sacerdote. En copa preciada que, santificada por la imposición de manos, sirve de lecho al que todos se nos dio por amor.

En este acto de la primera Misa todos tenemos participación: Umbría viendo realizados sus ilusiones, los salesianos acogiendo en su seno a una de las flores más escogidas del espléndido vergel cuidado; nosotros contemplando al amigo, al compañero de juegos en el día más feliz de su vida.

Su alegría y regocijo irradian a nosotros y nos conmueve en una ola de recuerdos y añoranzas. Son las esperanzas cumplidas, los sueños convertidos en realidades, las aspiraciones cuajadas en la más maravillosa de las posesiones. Y por eso, olvidando el frío egoísmo que pudiera hacernos pensar en nuestros pensamientos, no vemos más que al compañero feliz y su alegría la hacemos de todos, como de todos fue la amargura al ver desecho el nido que nos cobijó en nuestra infancia.

Alegrémonos, sí, celebremos el triunfo de un hijo de D. Bosco que, a través de la dura senda de la juventud y en la más cruel de las luchas, la lucha consigo mismo, supo alcanzar la cúspide del sacerdocio. Elevémosle en nuestras mentes como ejemplo de quien consiguió su ideal para que nos estimule a cuantos no hemos alcanzado el nuestro, nunca tan esclarecido y sublime como el suyo. Conservemos el recuerdo de este día y uniéndole con el del día de Corrales, guardémosle en nuestro pecho como dos fechas gloriosas, como dos días en que se nos concedió la alegría de saber que tenemos dos intercesores más ante el trono del Altísimo. y que sus oraciones irán aromadas pro las exquisiteces de la amistad y las sublimidades del cariño y, sobre todo,

porque ello representa algo consustancial en nuestra vida, veamos en Umbría la encarnación del alma de Talavera.

El alma talaverana es un alma de niño, pura, inocente, santa y como tal solo puede ser ganada con la abnegación, con el cariño y cuando ha sido ganada, cuando en su cuna ha despertado a la vida entre sonrisas y besos, entre susurro de oraciones y aletear de plegarias, cuando a su vista virgen se eleva la efigie de un Crucificado por amor y de una Madre Auxiliadora, el alma talaverana no es ingrata, no puede serlo nunca.

Y por eso se entrega, por eso lleva a sus hijos a cobijarlos bajo el manto de esa Madre y a la sombra de esa cruz, y por eso se estremece gozosa en ocasiones como la de hoy.

Umbría es la encarnación del alma talaverana. Al amor dio su amor, a la abnegación dio cariño, al desinterés su corazón, al sacrificio su vida y por eso viste orgulloso la sotana del salesiano como el vestido más delicado, como el arnés más glorioso, ya que él le hace guerrero de Cristo y mártir de su causa. Pero el alma talaverana, al fin, es alma humana y se reservó para sí la vida de sus demás hijos, de todos aquellos que nos educaron bajo los principios de Don Bosco. No todos tuvimos la suerte de que Dios nos reclamase y Talavera entonces nos retuvo. Se quedó con nuestra vida y dejó libre el corazón que, siguiendo los principios en él inculcados, se entregó a cuatro amores; cobijo a su vez de otros amores sin número: el de Dios, el de la patria, grande y libre, el de los padres y el de los salesianos.

Este perdura al lado de los otros carísimos. No podemos sustraernos a la fascinación que los salesianos nos produjeron con sus enseñanzas basadas en la abnegación, con sus consejos guiados por el amor. Eso es algo inmenso, algo que no se puede olvidar, porque olvidarlo sería una monstruosidad inconcebible.

Y, sin embargo, vos lo habréis visto, Sr. Director, (porque siempre para mí seréis nuestro Director) y seguramente os habrá llenado el hecho de amargura. Somos pocos los A. A. SS. que asistimos a la misa, menos aún los aquí presentes y quizás os hayáis afligido al recordar los centenares de niños que os fueron confiados a vuestros paternales cuidados.

Pero no les condenéis, no penséis mal de su ausencia; no es que sean malos, no son ingratos, son sencillamente olvidadizos, almas ligeras en quienes la vida con sus sugerencias y sus quehaceres, fue relegando en el corazón vuestras enseñanzas. Son víctimas inocentes de la triste realidad, que no permitió acabasen de cimentar su educación cristiana, y después se perdieron entre el torbellino de las pasiones. Son la triste consecuencia de aquel acontecimiento infausto que nos dejó sin casa y nos abandonó al vaivén de las luchas del mundo.

Son la acusación contra... Pero, qué iba a decir, no quería hablar y ante vuestro ruego lo he hecho, e iba a hablar demasiado. Iba a exteriorizar las exaltaciones de una imaginación juvenil, desprovista acaso de todo fundamento. Pero no, inclinémonos ante aquel hecho, acatemos la voluntad de Dios y de su Madre Auxiliadora, que solo ellos saben el por qué de sus designios, y para qué hablar de cosas tristes.

En cuanto a nosotros, agrupémonos, demos sensación de firmeza, de arraigo, de ideas; ofrezcamos a nuestros superiores el obsequio de un reconocimiento y gratitud exquisitos, que con su calidad compensen el número de los otros, de aquellos que guardan en su corazón la chispa del amor salesiano y solo esperan un “Resurrexit” que haga vibrar su pecho. Recordémosles a nuestras madres orando ante María Auxiliadora. Los hogares santificados con su presencia en la visita domiciliaria, los triunfales paseos de la Virgen por las calles de nuestra ciudad, los vergeles del Prado vertiendo sus rosas a las plantas de la Señora, y a Talavera dando a dos de sus hijos para que militen en las filas salesianas.

Y tú, Umbría, que tuviste la dicha inmensa de que Dios te reclamase para su servicio, recoge cuanto he dicho; llévalo a los superiores, cuéntales los entusiastas triduos que celebramos, háblales de los que quedamos en Talavera y diles que, mientras haya un suspiro en nuestros pechos, ha de ser para esos cuatro grandes amores que dije anteriormente. Que el nombre de D. Bosco y de sus hijos solo caerá de los labios cuando entre ellos pase nuestra alma para presentarse ante Dios.

Y para terminar, pues he abusado de las frases que me pedisteis, mi felicitación más sincera, Umbría, mis más fervientes deseos de triunfar en tu sagrado ministerio y mi regalo con motivo de este día glorioso; mi cariño para un amigo y mi gratitud para el sacerdote salesiano.

Pautas de la conferencia

Queréis que hable y no sé...
Estamos festejando la 1ª Misa...
Su alegría y regocijo irradia a...
Alegrémonos, sí, celebramos el...
El alma talaverana es un alma...
Umbría es la encarnación...
Pero el alma talaverana al fin...
Éste perdurará al lado...

TORNEO “COPA HERALDO DE TALAVERA”

(Sin fecha)

El torneo “Copa Herald de Talavera” ha llegado a su punto culminante. En el encuentro del próximo domingo entre los equipos Juventud Luises y Unión Terro-Talaverana puede decidirse cuál sea el triunfador, y por eso dicho encuentro es de vital importancia para ambos Clubes. Mas, alrededor del mismo se está creando una atmósfera de pasión, cuyas consecuencias deben tratarse de evitar. Por parte de algunos directivos se está animando a los jugadores a desarrollar un juego violento, con tendencia a eliminar a los contrarios. Mientras, de ambas sociedades estimulan a sus equiperos para conseguir el triunfo de la manera que sea, e incluso el mismo público, que no parece comprender la finalidad del deporte viendo solo lo que éste tiene de lucha, se mezcla en la contienda exaltando las pasiones y gozando anticipadamente del morboso placer del leñazo. Todas esas actitudes son censurables.

En estos momentos, en que la noción del deporte se pierde y se olvida el valor moral que representa un triunfo ganado en noble lid, me dirijo, desprendiéndome de mi carácter de parte, a rivales y compañeros, a Luises y Unionistas, para encarecerles la importancia que puede tener su conducta en el campo.

Seremos en ese día los representantes de un deporte del que no se quiere reconocer su parte beneficiosa y sí solo sus inconvenientes. Contemplará nuestro juego un público en su mayoría desconocedor de las bellezas que encierra el balompié. Y si a este le ofrecemos una lucha de violencia y suciedades, de leñazos y cargas, le alejaremos del deporte y serán inútiles cuantos esfuerzos se hagan para inculcarles ideas contrarias.

Mas si por el contrario, el encuentro es noble, reñido, salpicado de gestos varoniles, sacando a relucir ambos equipos su verdadero juego vistoso y bello, el público olvidará las violencias y admirará la belleza de un avance ligado de un despeje oportuno.

Tened en cuenta que la nueva sociedad deportiva está formada y que el mejor modo de contribuir a su desenvolvimiento es atrayendo al público con el buen comportamiento y buen juego de parte de sus futuros representantes. No olvidad tampoco que por encima del carácter de directivos, espectadores y jugadores somos deportistas y esta palabra encierra lucha, nobleza, sacrificio, alteza de miras, resignación. Y si es bello el gesto del que triunfa en un alarde de juego y técnica, no es menos bello el del que después de luchar bravamente por la victoria, acepta su derrota con dignidad y resignación. O quizás más,

porque desgraciadamente en los campos deportivos hay quien sabe ganar, pero no sabe perder.

Al dirigirme a los deportistas talaveranos, no me guía más idea que la de procurar salvar el principio deportivo puesto en peligro por la pasión de todos. Y espero por parte de los directivos y jugadores la máxima consideración, que si en el campo son sus rivales, fuera de él son compañeros y amigos. Y de los espectadores, el aplauso para las buenas jugadas fueren de quien fueren, y el respeto para el campo, no invadiéndole y privando a los contendientes de desenvolver su juego. Y a todos, calma, tranquilidad y educación.

Luises y Unionistas, rivales todos y dignos unos de otros, podéis dar el día 3, no solo una lección de buen juego, sino también de educación deportiva. Más, si dejándoos llevar de la presión, dais paso a lamentables incidentes y censurables actitudes, entonces por tergiversar lo que ellas significan y por falsear la intención de sus generosos donantes, sería cosa de renegar de copas y de pedir, agradeciendo la intención, que no se ofrecieran más.